



Revista: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas

Año: 2010

Número: 89

ISSN edición impresa: 0187-182X [Versión impresa]

ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, 89 (2010).

<http://hdl.handle.net/20.500.12525/3517>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

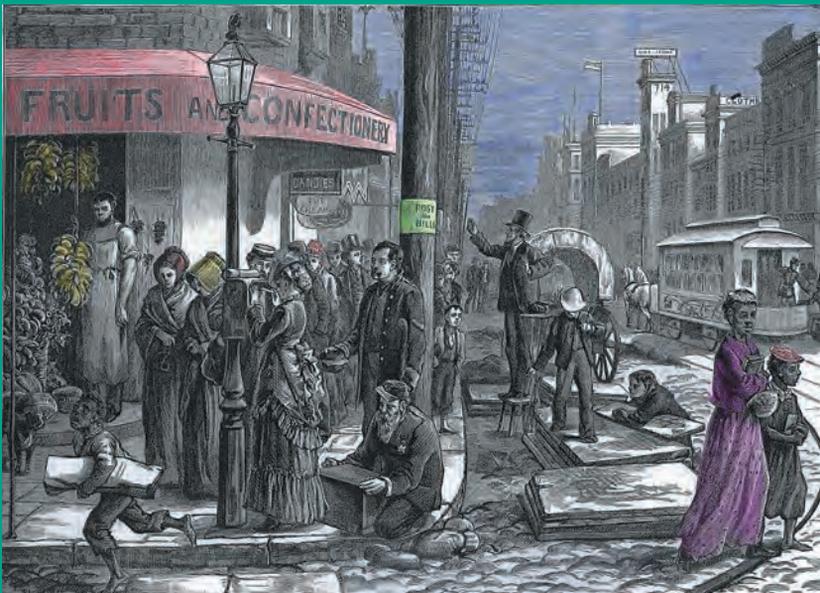


REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

ISSN 0187-182X

HISTÓRICAS

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2010



BOLETÍN
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
UNAM

Alicia Mayer
Directora

Miguel Meléndez
Departamento de Cómputo

Iván Escamilla
Secretario académico

Miriam C. Izquierdo
Secretaria técnica

Ena Lastra
Departamento Editorial

Rubén Olmedo Ponce
Secretario administrativo

Martín R. Sandoval Cortés
Coordinador de Biblioteca

Ramón Luna Soto
Asesor editorial

Investigadores

Claudia Agostoni, Berenice Alcántara Rojas, Alfredo Ávila,
Felipe A. Ávila Espinosa, Alicia Azuela de la Cueva,
Fernando Betancourt M., Johanna Broda, Rosa Camelo,
Víctor M. Castillo Farreras, Felipe Castro, José Enrique Covarrubias,
Rodrigo Díaz Maldonado, Iván Escamilla, María José García Quintana,
Amaya Garritz, Virginia Guedea, Ana Carolina Ibarra,
Patrick Johansson, Miguel León-Portilla, Janet Long Towell,
Teresa Lozano, Leonor Ludlow, Roberto Martínez González,
Pilar Martínez López-Cano, Álvaro Matute, Alicia Mayer,
Ivonne Mijares, José Luis Mirafuentes, Sergio Miranda Pacheco,
Federico Navarrete, Guilhem Olivier, Sergio Ortega Noriega,
Patricia Osante, Miguel Pastrana, Guadalupe Pinzón Ríos,
Enrique Plasencia de la Parra, Ignacio del Río, Andrés Ríos Molina,
Martín Ríos Saloma, J. Rubén Romero Galván, Estela Roselló Soberón,
Javier Sanchiz, Susana Sosenski Correa, Elisa Speckman,
Marcela Terrazas, Jorge E. Traslósheros H., Evelia Trejo,
Iván Valdez Bubnov, Carmen Vázquez M., Silvestre Villegas Revueltas,
Gisela von Wobeser, Carmen Yuste

Técnicos académicos

Rosalba Alcaraz Cienfuegos, Katia M. Cortés, Rosalba Cruz,
Alfredo Domínguez Pérez, Carmen Fragano Ríos,
Carlos García López, Alonso González Cano, Miriam Izquierdo,
Ena Lastra, Roselia López Soria, Javier Manríquez, Miguel Meléndez,
María Teresa Mondragón Reyes, María Luisa Reyes Pozos,
Israel Rodríguez, Ricardo Sánchez Flores, Martín R. Sandoval Cortés,
Sandra Torres Ayala, Juan Domingo Vidargas del Moral

HISTÓRICAS

Alicia Mayer
Directora

Enrique Plasencia de la Parra
Editor

Rosalba Alcaraz
Secretaria de redacción

Comité editorial
Johanna Broda
Rosa Camelo
Janet Long Towell
Teresa Lozano
Álvaro Matute
José Enrique Covarrubias
Elisa Speckman

Portada e ilustraciones: Una calle de Filadelfia, *The Illustrated London News*, 13 de mayo de 1876, *L'Illustration*, 19 de agosto de 1893. *Históricas* es un boletín cuatrimestral editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Edificio B, 3er. piso, Zona Cultural, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D. F. 04510. Editores responsables: Alicia Mayer/Enrique Plasencia de la Parra. Número de Certificado de Reserva: 04-2007-0924121602000106. Número de Certificado de Licitud de título: (en trámite). Número de Certificado de Licitud de Contenido: (en trámite). Página electrónica: www.historicas.unam.mx. Correo electrónico: boletinhistoricas@unam.mx. Composición electrónica en tipos Goudy OISt BT de 11:12, 10:11 y 9:10. Tiraje: 500 ejemplares. Impreso en Hemes Impresores, Cerrada Tonantzin 6, Col. Tlaxpana, Miguel Hidalgo, México, D. F. 11370. Distribuido por el Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D. F. 04510. Precio al público \$30.00 MN (\$3.00 USD). Tel. (55)5622-7517. Portada: Mercedes Bulit. Edición al cuidado de Rosalba Alcaraz.

HISTÓRICAS 89

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM. SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2010. ISSN 0185-182X

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

José Enrique Covarrubias 2

ENSAYOS

Los misterios de París de Eugenio Sue: una ventana al siglo XIX
Julietta I. Martínez 3

Del tema de *Los misterios* al de la justicia del duelo: breves apuntes
sobre temas literarios en la visión extranjera de México
en el siglo XIX (1844-1857)
José Enrique Covarrubias 20

NOTAS DEL IIH

Eventos académicos 35

PUBLICACIONES

Novedades editoriales del IIH 36

○ PRESENTACIÓN

El tema del presente número de *Históricas*, como el del anterior, se relaciona con la literatura de viajeros y emigrantes en México en el siglo XIX. Ahora se profundiza en el estímulo de la creación literaria para la consideración de lo social por este tipo de autores. Julieta Martínez, estudiante de maestría en Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, escribe sobre la importante novela *Los misterios de París*, del francés Eugène Sue, que recrea la atmósfera social y moral de esa gran ciudad. Se trata, sin duda, de una de las novelas que más impacto tuvo en Europa y América en su época y que estimuló a otros escritores a dirigir una mirada similar a otras urbes del mundo. En mi trabajo muestro un caso de seguimiento de ese modelo novelístico en México y ofrezco más ejemplos de inspiración literaria en extranjeros que reflexionaron sobre la situación social de México a mediados del siglo XIX. Elemento común con los artículos del anterior número de *Históricas* es el trasfondo romántico de las influencias literarias en la literatura de viajeros.

JOSÉ ENRIQUE COVARRUBIAS
Editor del presente número
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México



Los misterios de París de Eugenio Sue: una ventana al siglo XIX

Julieta I. Martínez

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

En este artículo se pretende dar cuenta de las posibilidades que la novela ofreció para presentar una visión panorámica de la sociedad decimonónica, además de calibrar su importancia como fuente para el estudio de lo social. Por lo tanto, este texto no será una mera descripción de la crítica social practicada por un autor preciso, Eugenio Sue, sino una indagación sobre el trasfondo de esta crítica en su novela *Los misterios de París*, tomada así como un ejercicio acabado de observación social.

La obra

Es sabido que *Los misterios de Londres*, *Los misterios de Madrid*, *Los misterios de Cataluña* e incluso *Los misterios de Filipinas* y *Los misterios de San Cosme*, son títulos que evocan la legendaria obra de Eugenio Sue.¹ Nacido en París en 1804, Sue fue un hombre que conoció las altas esferas parisenses, por ser hijo de un reconocido médico cercano a los círculos más altos de la nobleza francesa. Médico naval de profesión, al recibir la herencia paterna se dedicó a la literatura, no sin ser partícipe de la vida nocturna parisina.²

Sus primeras novelas fueron escritas sobre temas de navegación y algunos dramas; pero su obra más reconocida es, sin duda, *Los misterios de París*. Consecuente con sus principios ideológicos, apegados a la tendencia socialista de su tiempo, Sue participó en la revolución de 1848 y posteriormente fue electo diputado socialista en 1850. Terminó su vida en el exilio por motivos políticos.

Escritos entre 1842 y 1843, *Los misterios de París* gozaron de un gran éxito debido a la difusión que tuvieron en tanto que publicación aparecida a manera de

¹ Un estudio sobre la influencia de *Los misterios de París* en obras literarias mexicanas es el de Adriana Sandoval Lara, "Las novelas sociales del siglo XIX. Un primer acercamiento a José Rivera y Río", en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico I. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos temas y géneros literarios*, edición y estudio introductorio de Elisa Speckman y Belem Clark de Lara, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005 (Ida y Regreso al Siglo XIX), p. 303-314.

² Existe una gran cantidad de biografías de Eugenio Sue. Para fines de este trabajo se utilizó la información contenida en el estudio introductorio de la edición mexicana de Porrúa, 1987, y en la *Encyclopædia britannica*, consultada en línea en: <<http://www.britannica.com/EBchecked/topic/571607/Eugenio-Sue>>.

entregas, es decir, por medio de lo que se conoce como literatura de folletín. Este tipo de publicaciones tenía como principal característica aparecer periódicamente, por lo que el autor se veía precisado a ingeniar variados artificios para generar en el lector el interés por el próximo número. Se intentaba generar el suspenso y la intriga para que los lectores esperaran con ansia la entrega siguiente.

También se caracterizó esta literatura por “democratizar la lectura”, como algunos estudiosos lo han llamado, pues su aparición en un medio de acceso relativamente amplio permitía que una mayor parte de la población se acercara a la lectura.³ Tal era el ímpetu con que se le recibía, que varios autores pudieron vivir de este tipo de publicación. Así ocurrió, por ejemplo, con Alexandre Dumas, bien conocido por su arte de escribir con las técnicas narrativas requeridas por dicho género: historias emotivas, tramas llenas de suspenso y temas de actualidad que despertaban mucho interés en la época. Aunque Dumas fue el más reconocido, no debemos olvidar a otros dos autores que posteriormente se convirtieron en exponentes importantes de la literatura realista: Víctor Hugo y Balzac.

La temática de Sue en su novela respondía perfectamente a los requerimientos de una sociedad en cambio, donde la necesidad de una literatura ligera y entretenida daba pie a la exposición de una realidad inminente. Pero antes de entrar en detalle sobre ese aspecto, veamos de qué tratan *Los misterios de París*.

Situada en 1833, *Los misterios de París* tiene como figura a Rodolfo, noble alemán que llega a París buscando expiar sus errores de juventud. Años atrás, Rodolfo ha procreado una hija con Sara, inglesa de gran ambición cuyo único fin es integrarse a la aristocracia francesa. Con la ayuda de Ferrán, notario corrupto y envejecido, Sara ha hecho pasar a su hija por muerta, dejándola desamparada en manos de una mujer ruin conocida como *La Lechuza*. Esta hija perdida es Flor de María, quien tras una infancia miserable conoce a Rodolfo, cuyo propósito es reformarla y alejarla de su infame vida, no obstante ignorar que se trata de su propia hija.

Rodolfo lleva una doble vida: de día ostenta sus títulos nobiliarios; de noche procura redimir a los parisinos miserables que delinquen o caen en la corrupción para sobrevivir. Este personaje se encuentra, pues, en una búsqueda constante de personas rescatables, es decir, de aquellos que aún no tienen el alma corrompida. Con este fin se disfraza de obrero y se interna así en el bajo mundo pasando inadvertido y utilizando sus recursos económicos para ayudar a los desamparados redimibles. El motivo principal de *Los misterios* se relaciona con esta cuestión del rescate de los olvidados. El tema toca las fibras sensibles de la caridad cristiana y la filantropía.

La historia está plagada de complicados enredos entre los personajes. Todos y cada uno de los protagonistas se van entrelazando por una lógica fácilmente identificable: los buenos se van encontrando por sus bondades, por su honestidad y por la mano protectora de Rodolfo; los malos se encuentran gracias a sus crímenes y bajo la premisa de que el mal llama al mal. El encuentro de personajes

³ Arnold Hausser, *Historia social de la literatura y el arte*, Madrid, Debate, 1998, v. 1, p. 261.

es el recurso por el que se muestran las distintas caras de París, pues cada uno de ellos representa un estilo de vida, un vicio o una virtud. Sue va presentando los escenarios de la Cité donde vive la gente reducida a la miseria: costureras, huérfanos, lapidarios, porteros, prostitutas, ladrones, asesinos y demás personajes envilecidos. Al otro lado, sobre la parte opuesta a los Campos Elíseos, ahí donde conviven nobles hipócritas y vanos, condes envilecidos, truhanes notorios y altos nobles caritativos, la nota sobresaliente es el goce del lujo.

En términos generales se trata de un drama que en ciertos episodios se torna una especie de crítica social. El resultado es un observatorio del entramado de la sociedad parisina decimonónica, pues aunque no sea su principal intención, el autor nos deja ver la percepción y la aparición de actores sociales nuevos, surgidos en las ciudades en tanto que centros de progreso al mismo tiempo que de marginación y pobreza. Ése es el sentido del título de la obra, pues *Los misterios* se refieren a la vida citadina que no se conoce a simple vista, la de los bajos mundos parisinos y los personajes reducidos a la miseria más cruel y degradante.

Sue introduce gradualmente a su lector en las características de los personajes. La descripción física de cada uno permite entrever también una descripción moral. Así, la degradación moral aparece acompañada de ciertos rasgos físicos que permiten ubicar a los personajes en la novela. Las jóvenes no corrompidas aparecen como de belleza angelical, en tanto que los malos son repugnantes. Este aspecto de la novela se percibe en descripciones como la de *el Cojuelo*. Se trata de un jovencito de situación desgraciada que, acaso por una malicia innata, participa en las fechorías de los malvados. Sue lo describe físicamente de la siguiente manera:

Tenía el mismo mirar penetrante y astuto con ese aire desvergonzado e indolente que distingue al pillo de París; tipo de la depravación precoz, y verdadero ratón de guarapos, como se dice en el horrible idioma de las prisiones. Una mata de cabellos pajizos, duros y tiesos como la crin de un caballo, cubría la mitad de su frente. Un pantalón castaño y una blusa gris ceñida con una correa completaban el traje del Cojuelo, así llamado a causa de la imperfección de sus miembros.⁴

Los misterios de París es una obra que puede ser analizada desde varias perspectivas: no solamente la literaria sino también del estudio social. Hemos observado ya algunos de los diversos tópicos manejados por el autor para construir lo que se ha considerado una “novela social”.⁵ Sobre el punto se volverá a tratar más adelante; sin embargo, viene al caso mencionarlo ahora, pues deja en claro las amplias posibilidades para el estudio de esta novela.

⁴ Eugenio Sue, *Los misterios de París*, México, Porrúa, 1987, t. I, p. 91.

⁵ Para fines de este escrito se retoma el concepto utilizado por Roger Picard, clásico en el estudio del romanticismo francés, como una novela que expresa sentimientos u opiniones en torno a la sociedad, por lo cual se divide en dos vertientes: la novela descriptiva y la novela ideológica. Considero que la obra de Sue se encontraría en una posición intermedia, pues contiene elementos de ambos: se extiende en la descripción para enmarcar sus opiniones respecto de la situación social del París decimonónico. Cfr. Roger Picard, *El romanticismo social*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 165-183.

Como hemos visto, el tipo de historia contada por Sue, junto con su condición de publicación periódica, le permiten desplegar una amplia descripción de escenarios que ayuda mucho a involucrar al lector en la trama, algo que también logra mediante la simpatía surgida en éste por ciertos planteamientos. Es por esto último que se pretende estudiar qué tópicos ofrece Sue a su lector, desde lo cual se puede explorar el campo de lo social a través de esta novela.

Un primer acercamiento al estudio de lo social en *Los misterios de París* se da desde la clasificación que el autor hace de los personajes de su obra, lo cual marca uno de los tópicos relacionados con la corrupción en las formas de vida parisina, no muy distintas de las del resto de las grandes ciudades europeas del siglo XIX. A ello se dedicará el apartado siguiente.

La corrupción moral

Uno de los tópicos que Eugenio Sue mejor desarrolla en su obra es la corrupción moral, ya que la mayoría de los personajes muestra actitudes alejadas de las normas de la vida en una sociedad civilizada, como lo debía ser la parisina decimonónica. Evidentemente, el autor ofrece una visión maniquea de la vida en cuanto que sus personajes se distinguen por acciones invariablemente buenas o malas, según los criterios de la moral de Rodolfo, quien siempre actúa haciendo el bien sin mirar a quién y sin hacer valer su interés particular. Su objetivo era, como lo menciona el autor, “rehabilitar, restituir a la honradez a los que han conservado puros algunos sentimientos generosos en medio de la degradación a que se ven condenados, de la miseria que los consume y de la corrupción que los rodea, y arrostrar para esto el contacto de esa miseria, de esa corrupción y de esos seres nauseabundos”.⁶

Los personajes buenos no pueden albergar maldad en su interior. Los malos, en cambio, lo son tanto que no tienen ya oportunidad alguna de redención, salvo en casos donde su propia naturaleza les ha permitido distinguir la bondad de la maldad y arrepentirse. Podemos decir que para Sue la maldad y la bondad son características innatas de los seres humanos, quienes se van corrompiendo con el pasar el tiempo en una sociedad que no les da la oportunidad de una vida mejor o que por el contrario les brinda riquezas excesivas que los hacen codiciosos.⁷

Como ejemplo del primer caso vemos a Flor de María, quien pasó los primeros años de su vida en medio de la degradación moral ocasionada por la miseria

⁶ Eugenio Sue, *op. cit.*, p. 72.

⁷ Los personajes que presenta Sue son formas de existencia condicionadas por diversos factores, entre ellos el origen, el medio en el que se desarrollan y sus inclinaciones personales. Es por esta razón que los personajes de las clases más bajas, inmersos en la degradación a la que los orilla la miseria, siempre encuentran, si tienen un alma buena, la manera de no contaminarse. Por el contrario, personajes de la aristocracia, donde se supondría un ambiente no tan corrupto, viven en circunstancias como el ocio, el alejamiento de los principios cristianos o la ambición, lo cual los hace cometer actos perversos. Pudiéramos pensar que el medio corrompe, sí, pero también hay que asumir algo en la naturaleza de los personajes que les imprime una cierta dirección en sus actos.

de los suburbios parisinos. Víctima de su madre, un caso paradigmático de ambición y avaricia aristocráticas, Flor cae en manos de la Lechuza, una mujer llena de maldad. Pese a estar en contacto con una vida alejada de las normas morales más simples, el alma de Flor es prístina, quizá por su origen noble, de ahí que nunca caiga en la tentación de perder el honor o la honra.

Rodeada desde su infancia de seres abyectos, malvados e infames, pasando de la cárcel a las calles de la Cité, la desgraciada joven había vivido hasta entonces en una profunda ignorancia del bien y del mal, y tan extraña a los sentimientos nobles y religiosos como al esplendor y la magnificencia de la creación. Pero todo lo más admirable de la naturaleza se presentó de repente a su espíritu. Su alma se dilató a vista de un espectáculo tan imponente, se desarrolló su inteligencia, y sus nobles propensiones sacudieron el letargo en que yacían [...] ⁸

Según se aprecia, es principalmente la condición de miseria lo que hace que las personas vivan en una especie de salvajismo o irracionalidad que no les hace comprender las diferencias entre lo bueno y lo malo y corrompe su alma paulatinamente. Sin embargo, en algunas ocasiones y cuando el bien se trae en la sangre, basta el acercamiento a las normas y la civilización para continuar por un buen camino.

El estado de “letargo” del que se hace mención en el párrafo citado puede ser interpretado como uno que no permite alcanzar el refinamiento o grado de civilización que acompaña a una vida conforme a las necesidades del hombre decimonónico en sociedad. Esto se vuelve, en cierto sentido, una crítica al comportamiento del “pueblo”, de la muchedumbre, del populacho que, en medio de su embrutecimiento, no puede tomar las decisiones apropiadas y termina movido por los meros instintos:

Como sucede en todas las conmociones populares, aquellos hombres más brutos que malos, se irritaban, se exasperaban, se embriagaban con sus mismos gritos, y se iban inflamando en razón de las injurias y de las amenazas dirigidas a su víctima. Así es como el pueblo llega muchas veces, sin saberlo, por medio de una exaltación progresiva, a ejecutar las acciones más injustas y feroces. ⁹

En cierta medida, como pudimos ver líneas arriba, la condición de salvajismo ciudadano hace que los individuos se comporten como bestias y sigan impulsos que no logran reprimir, cegados como están por la ignorancia de un mundo diferente al que les ha tocado en turno. La razón y, como consecuencia, el conocimiento son dos condiciones fundamentales para que la gente se aleje del estado de salvajismo.

En cuanto a la aristocracia, Sue la critica por su banalidad y su falta de moralidad al no comprender que un buen gesto de civilidad no es extravagancia sino

⁸ *Ibidem*, p. 239.

⁹ *Ibidem*, p. 281.

caridad, como ocurre con Rodolfo, quien no es indiferente al sufrimiento de sus congéneres:

El egoísta repleto de oro, y bien nutrido, quiere ante todo digerir con reposo; el aspecto del pobre que tiritaba de hambre o de miseria es para él cosa importuna y prefiere dormir soñando con su riqueza entreabriendo de cuando en cuando los ojos para gozar de los voluptuosos placeres que le ofrece el mundo; por el contrario, la mayor parte de los ricos desinteresados y de los felices se han compadecido de las desgracias que ignoraban.¹⁰

Y es que para el autor las comodidades de que goza la aristocracia originan una nueva modalidad del letargo que padecen los pobres, lo cual está dado por el hecho de que entre los ricos también hay ignorancia. El no querer mirar la realidad de que son parte los condena a no gozar de los beneficios morales de ser filántropos. Es el destino de los personajes que, víctimas de su propio ocio, se han convertido en seres infelices:

Los hombres ricos, que en nada se ocupan, tienen la terrible contra de que nada los distrae, nada los pone a cubierto de las ideas tormentosas; no debiendo pensar nunca en las necesidades del porvenir, ni en los quehaceres cotidianos, son víctimas de las grandes aflicciones morales. Seguros de poseer lo que con el oro puede alcanzarse, apetecen o echan de menos con una vehemencia inexplicable lo que el oro no es capaz de proporcionarles.¹¹

Para Sue ésta es también una forma de degradación social, pues los sentimientos de infelicidad los llevan a preocuparse por cosas sin importancia o, peor aun, por ideas de maldad y avaricia: “Pero las clases ricas, por falta de enseñanza, están también fatalmente expuestas a la miseria, al vicio y a los crímenes”.¹² Este tipo de corrupción queda reflejado en personajes como el notario Ferrán.

Ferrán ostenta una posición social respetable, ya que ante la gente se presenta como un hombre de bien, honesto y cuidadoso de las normas morales más rígidas; esto lo hace a través de su supuesto apego a la religión. Como lo describe el autor: “es un hombre que no falta a misa los días festivos, anda siempre tras de los curas y en opinión de muchas gentes el dinero está más seguro en su casa que en la caja de ahorros”.¹³

Este personaje se convierte en el perpetrador de varios crímenes llevados a cabo por su ambición sin límites, su avaricia y sobre todo su lujuria. Gracias a la intervención del bienhechor Rodolfo, sus debilidades le deparan un triste final. Esto nos lleva a otra línea de la trama de *Los misterios de París*, es decir, al tema de la justicia.

¹⁰ *Ibidem*, p. 485.

¹¹ *Ibidem*, p. 468.

¹² Eugenio Sue, *op. cit.*, t. II, p. 96.

¹³ *Ibidem*, t. I, p. 329.

Como ya vimos, Rodolfo interviene a favor de aquellos desamparados que a su juicio son merecedores de la oportunidad de salir de la degradación en que, por una u otra razón, han vivido. Esto lo logra gracias a su astucia y su dinero, que en conjunto le dan el poder de decidir sobre el destino de quienes hacen el mal. Sue es en este sentido un crítico del sistema judicial, el cual, en su opinión, no cumple con los requerimientos para corregir una sociedad en proceso de degradación: “la inexorable inmutabilidad de la ley hace con frecuencia irremediables ciertas faltas, y para borrarlas, un nuevo crimen suele ser muchas veces necesario”.¹⁴ La justicia por propia mano no suele ser para el autor un motivo de barbarie: cuando este principio es aplicado por personas lo suficientemente justas, se trata de un acto de ayuda contra la corrupción de una sociedad. Éste es el caso de Rodolfo.

La justicia es vista así como un medio de contención de la violencia generada a partir de la degradación moral. En un clima de marginación, miseria y maldad es común que los personajes parisinos reflejados en el drama de Sue terminen cometiendo crímenes, algunas veces orillados por la necesidad y otras porque no conocen una manera distinta de vivir.

Las imágenes de las cárceles repletas de pobres inocentes y gente corrompida dan ocasión para referirse al sistema penitenciario y de justicia de la Francia decimonónica:

La justicia debería tener en una mano una espada, y en otra una corona; la una para herir a los malos, y la otra para recompensar a los buenos, porque de este modo vería el pueblo que si había terribles castigos para el mal, había también premios gloriosos para el bien; al paso que ahora buscaría en vano el contrapeso de los tribunales, de las cárceles, del presidio y del cadalso. Hoy el pueblo ve una justicia criminal, compuesta de hombres firmes, íntegros, ilustrados, siempre ocupados en buscar, descubrir y castigar al delincuente, pero no ve como debiera ser una justicia virtuosa, compuesta de hombres firmes, íntegros, sabios, prudentes y siempre dispuestos a buscar y recompensar a las personas honradas.¹⁵

Por tanto, también en este rubro el autor intenta una crítica y señala la tónica para enfrentar los problemas de la sociedad parisina. Evidentemente, su crítica se dirige más a despertar la indignación de los lectores que a ofrecer una reflexión profunda sobre el tema.

Otro aspecto de *Los misterios* digno de mencionarse es el moralizante, dada su clara intención de resaltar las virtudes humanas de la gente adinerada, cuyos principios se basan en la capacidad de avergonzarse de sus actos, en el amor al prójimo y en el sentido de la justicia —algo que, dicho sea de paso, les infunde un sentido más civilizado de la caridad y de la solidaridad con sus congéneres.

Aparte de la queja ante la relajación de la sociedad, así como ante los escenarios de miseria urbana degradante, Sue también se da la oportunidad de

¹⁴ *Ibidem*, p. 484.

¹⁵ *Ibidem*, p. 517.

imaginar o crear su propia utopía. La necesidad de pensar en una alternativa ante el espectáculo de decadencia hace que este autor lleve a las páginas su proyecto y lo exprese a través de su personaje ideal, Rodolfo.

Entre sus variadas propiedades Rodolfo cuenta con una quinta o casa de campo que desempeña un papel notable en la historia, pues es un sitio de experimentación dentro de un proyecto de nueva sociedad. Ahí se emprende la “regeneración” de los individuos dignos de este trato; ahí es donde la gente más honrada puede vivir, según la novela, en condiciones excelentes, “no sólo destinada al mejoramiento del ganado y de la agricultura, sino también con el objeto especial de mejorar la *condición de los hombres*; lo que consiguió ofreciéndoles un estímulo para que fuesen probos, activos e inteligentes”.¹⁶

Podemos mencionar dos cosas al respecto. En primer lugar tomemos nota de cómo Sue da expresión concreta a su utopía romántica, un elemento que no podía faltar en la literatura de esta naturaleza, dado que con él se da una culminación de los discursos moralizantes y de su crítica a las escasas bondades de la civilización y el progreso. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, reparemos en los aires de romanticismo que se respiran en la obra al situar el escenario de la utopía en el campo o medio rural, en lo más cercano a los orígenes y los coloridos paisajes de salvajismo.

En este sentido hay que destacar otro rasgo constante de *Los misterios de París*: la nostalgia por los escenarios campestres. El autor no pierde la oportunidad de enmarcar en el campo abierto de Francia y en la vida sencilla de sus aldeas la pureza propia de estos lugares, presentados así como sede de una “purificación” indispensable para las almas cercanas al borde de la corrupción, como es el caso de Flor de María. La vida rústica se vuelve una alternativa a la existencia agitada de las ciudades; ella significa un retorno a la sencillez de vida y una reacción a los cambios políticos, económicos y sociales del París decimonónico.

Este anhelo por la vida cómoda del campo parece un escape de la realidad urbana. Sin embargo, dicha cuestión tiene un trasfondo más complejo que la idea, aún sostenida en la actualidad, de que los tiempos pasados fueron mejores. El asunto requiere trazar cuestionamientos en dos rubros: el primero es acerca de la influencia de los ideales románticos en el planteamiento, y como consecuencia, uno segundo sobre la distinción entre la vena romántica y la formulación de juicios objetivos sobre la sociedad.

La vida ajena a las presiones del mundo moderno fue un ideal constante del pensamiento romántico. Sin embargo, en un tema como el presente el análisis debe ser más complejo que la simple mención de un lugar común de la literatura de la época. Si pensamos en la situación de crisis vivida en el siglo XIX, en tanto que una época de cambios repentinos,¹⁷ imposible es dejar de pensar en París

¹⁶ *Ibidem*, p. 244.

¹⁷ Sobre la condición de París como ciudad incipientemente cosmopolita, así como los cambios que se dan en ella como un emblema de la modernidad, véase Walter Benjamin, *París, capital del siglo XIX*, México,

como una ciudad de grandes transformaciones durante el periodo. La creciente urbanización y la rapidez de la vida moderna obligaban a añorar los lugares de antaño, lejos de las nuevas condiciones agobiantes.

En Sue la ciudad es considerada un centro de polución moral que no permite adquirir los beneficios de una vida relajada y contemplativa, dedicada a la supervivencia sin el afán de adquirir más cosas que las necesarias y, sobre todo, con una gran oportunidad de introspección en un ambiente relajado. Así lo podemos ver en el cambio de Flor de María al acercarse a la vida campirana.

El París que no se ve

Si nos preguntamos las razones de Sue al escribir *Los misterios*, quizá no sabríamos la respuesta exacta. Es difícil, si no arriesgado, afirmar algo que no sabemos con seguridad. Sin embargo, cabe elaborar algunas suposiciones basadas en las lecturas que se pueden hacer de dicha obra y de acuerdo con el contexto en que fue redactada, esto es, desde la mirada de un hombre romántico, cercano a la aristocracia y no desdeñoso de las ideas socialistas en boga, en una Francia que comienza ya a poner sus distancias frente a la época de la revolución.

Las opiniones de Sue a lo largo del texto están basadas en inquietudes propias de la época. No debemos olvidar la importancia de algo muy difundido en ese entonces: las ideas del buen salvaje de Jean-Jacques Rousseau, retomadas en un contexto de desarrollo industrial posrevolucionario, donde aparecen en escena nuevos “salvajes”. Así comienza la novela:

Todos conocen las admirables páginas en que Cooper, el Walter Scott americano, ha descrito las feroces costumbres de los salvajes, su pintoresco y poético lenguaje y los miles de ardidés que emplean para matar o perseguir a sus enemigos y todos habrán sentido estremecimientos al pensar qué sería de los cultos habitantes de las ciudades si esos pueblos sanguinarios no estuvieran alejados de los centros de civilización.¹⁸

Posteriormente trata de evidenciar que estas imágenes no son propias sólo de los territorios americanos o de las novelas de Chateaubriand, sino que existen en el corazón del territorio más ilustrado de occidente, la cuna de los ideales revolucionarios: “los bárbaros de que vamos a ocuparnos, viven entre nosotros”.¹⁹

Si analizamos *Los misterios de París* desde una perspectiva más amplia, es decir, más allá de los discursos moralizantes, destacan los elementos que nos despiertan el interés por los motivos de una obra como ésta y por la manera en que la sociedad

Madero, s/a. En un sentido más amplio, y para complementar lo relativo al sentimiento de incertidumbre causado por los cambios abruptos en las formas de vida por motivo de la modernidad decimonónica, véase Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, 2a. edición, México, Siglo XXI, 1989.

¹⁸ *Idem*.

¹⁹ *Ibidem*, p. 3.

de su entorno tiene un impacto en ella. Si bien la literatura no es un mero reflejo de la sociedad que la produce, es claro que sí nos acerca al contexto en que fue elaborada. No debemos olvidar que las obras reflejan sus condiciones de producción.

No es preciso recalcar que *Los misterios*, en tanto que obra de folletín, tenía que despertar el interés de los compradores. Como ya vimos, uno de los artilugios fue sembrar el suspenso y alargar la historia con múltiples personajes. Sin embargo, también es claro que la temática misma debía cautivar a los lectores.

Resulta entonces que esta obra se inscribe en el género de novelas con contenido social, donde se manifiesta el interés por rescatar a la sociedad por medio de la justicia. Se expresan así ideales de cariz romántico y se evidencia también una crítica a las instituciones sociales con énfasis en los sentimientos más ruines de la humanidad y el sufrimiento de aquel cuya vida termina determinada por las inclemencias del progreso.

Esto lo podemos ver no sólo en Sue, sino también en autores que publicaron escritos de tema similar y que presentaron personajes surgidos de la realidad francesa. Es el caso de Víctor Hugo, que ya antes de *Los miserables* dejó en claro su intención de recurrir a los temas de actualidad y mostrar la vida de los más desamparados, sin ahorrar juicios y opiniones al respecto. También lo es de George Sand, quien en varias de sus obras retrató los personajes parisinos en boga (los obreros miserables, las mujeres, etcétera) con un claro tinte de crítica social.²⁰

No se trata por tanto de que Sue haya marcado la pauta para un tópico en la literatura romántica sino que él buscó un contexto más amplio: las circunstancias políticas y sociales de Francia entre 1815 y 1848, un escenario idóneo para la temática social que interesaba a los escritores románticos. Es de notar que aunque Víctor Hugo, George Sand y hasta cierto punto Balzac, por poner algunos ejemplos, consideraron que la novela era el medio para expresar una posición frente a los acontecimientos, no por ello esta última fue de tipo ideológico o militante. Éste fue también el caso de Eugenio Sue.

Importa considerar el contexto en el que se escriben este tipo de “novelas sociales”, pues los escritores no se mostraban indiferentes a la manera en que los acontecimientos marcaron a la sociedad francesa desde la segunda década del siglo XIX. El socialismo utópico, surgido ante el panorama social y político desde 1830, fue una gran influencia para quienes se sumaban a la corriente del romanticismo.²¹

Recordemos primero que a partir de 1789 Francia vivió una serie de cambios políticos que repercutieron en todos los ámbitos de la vida social. El siglo XIX fue ahí una época convulsa (como en casi todos los países occidentales) y marcada por los estallidos sociales y los cambios de régimen que las presiones cotidianas

²⁰ Roger Picard, *op. cit.*, *passim*. Principalmente los capítulos dedicados a George Sand, Balzac y Víctor Hugo.

²¹ Paulette Gabaudan, *El romanticismo en Francia: 1800-1850*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1979, p. 137.

de los grupos contrarios necesariamente acarrearán. Centrándonos en el periodo que nos ocupa, tomemos en cuenta que *Los misterios de París* fueron publicados entre 1842 y 1843, es decir, durante el reinado de Luis Felipe I, un periodo que influyó de manera muy particular en la cultura, en este caso la literatura.

La etapa conocida como la Monarquía de Julio se vio caracterizada por un mayor auge de la burguesía temprana, cuyo incremento comenzaba a darse en Francia. Apoyado por las elites burguesas que buscaban alejarse de la vieja aristocracia, Luis Felipe aceleró en la monarquía gala el crecimiento industrial, añadido a una bonanza económica que coadyuvó al ya encaminado expansionismo colonial y al incremento de la infraestructura.²²

La monarquía constitucional implementada en 1830, de corte liberal, facilitaba la llegada de estos nuevos aires a una Francia que comenzaba a dejar atrás sus estructuras sociales de Antiguo Régimen y daba paso a la llegada de nuevos actores sociales. Sin embargo, el crecimiento económico, la industrialización, la formación de cinturones de pobreza en las ciudades y las desigualdades propias de estas circunstancias se incrementaron considerablemente con el paso del tiempo. No obstante, no todo fue pujanza y prosperidad, pues las diferencias sociales se agudizaban por la misma dinámica económica y las riquezas de unos cuantos se incrementaban a costa de la miseria de muchos.

Fue ante este fenómeno que la temática literaria de la época comenzó a tomar nuevos aires, ya que la miseria y los nuevos grupos sociales surgidos en París (los grupos obreros y los migrantes de las aldeas, entre otros), junto con el avance implacable de la modernidad, pusieron a la vista de los escritores un escenario inédito.

En el plano de la literatura podemos advertir que estos acontecimientos impactaban innegablemente en la elite cultural de entonces. El romanticismo, que antaño se había caracterizado por el ensimismamiento y los temas introspectivos, se topaba ahora con una realidad exterior triste, decadente, inhumana ante sus ojos sensibles, donde unos terminaban sacrificados en beneficio de otros. La evasión de los primeros románticos ya no podía llevarse a cabo y tuvieron en su pluma un medio de enfrentar su realidad: “fueron reveladores, que expresaron el mal —o, más bien los males— que padecía ese siglo que creció a la sombra de la revolución y de Napoleón, y que tenía la esperanza detrás, no delante”.²³

No podemos afirmar que Sue haya sido un novelista más cercano al realismo, ya que eso implicaría que hubiese una variación sustancial en la manera en que construye sus personajes y el escenario en que se desenvuelven. En el caso de *Los misterios de París* no se trata de hacer propiamente una crítica ideológica o doctrinaria de la sociedad, sino de presentar juicios sencillos que revelan una cierta postura *ad hoc* para el pensamiento moralizante y romántico.²⁴

²² Pierre Goubert, *Historia de Francia*, Barcelona, Crítica, 1987, p. 241, *passim*.

²³ Georges Duby, *Historia de la civilización francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 424.

²⁴ No podemos obviar la pertenencia de Sue al partido socialista después de 1848. Pese a ello, la obra analizada aquí no puede ser tomada como un análisis político sino como una respuesta literaria a los acontecimientos

Por tanto, Sue no quedó al margen de las nuevas tendencias al mostrar las contradicciones del progreso. Su manera de abordar el tema no fue sustancialmente diferente del romanticismo clásico, que también elevó una queja sobre esta modernidad que parecía ya incómoda a quienes añoraban un pasado mejor, aquel donde había existido más certeza que incertidumbre.

Considero por lo anterior que *Los misterios* no es propiamente una novela realista, como la aparecida en la segunda mitad del siglo XIX, aunque sí marca los comienzos de una novela con contenido social, es decir, con la atención dirigida a las costumbres o las formas de vida de la sociedad de su tiempo, además de ser muy enfática respecto del entorno y las consecuencias de éste en los personajes.²⁵

En este sentido *Los misterios de París* termina siendo una recreación de lo que a mediados del siglo XIX se pensaba que era la vida citadina. Se trata del lado no oficial del mundo civilizado, pues se muestra en cierto sentido el lado negativo del progreso de la sociedad en casos como la pobreza, la desintegración familiar y el desprecio por las normas morales.

Es también la construcción de una imagen de la ciudad parisina que se someterá a juicio debido a la transformación que tuvo al comenzar el desarrollo de la capital moderna, incluyendo, por supuesto, sus lados negativos. Es así que podemos observar dentro de la obra las referencias a la Cité como “laberinto de calles estrechas, oscuras y tortuosas, que se extiende desde el Palacio de la Justicia hasta el antiguo templo de Nuestra Señora”.²⁶

Se trata pues de la antigua ciudad que contenía a la población más heterogénea y que constituía el lugar de habitación de las clases bajas, tal como lo deja ver Sue en su novela. Convivían ahí obreros, carboneros, costureras, prostitutas y demás gente con ocupaciones propias de una ciudad moderna. Sin embargo, esta calidad de barrio de la pobreza, le daba, según Sue, su condición de nido de la delincuencia: “Este cuartel de París, aunque pequeño y muy vigilado por la policía, sirve de madriguera a un sinnúmero de malhechores de la ciudad, los cuales celebran en las tabernas sus citas y reuniones”.²⁷ La obra era una muestra de los fenómenos sociales del momento: pobreza urbana, migración, barrios obre-

del momento. Como tal podría mostrar cierta cercanía al “socialismo utópico”, cuyas ideas compartían varios de los autores de la época.

²⁵ Pienso que es apropiado que se le valore dentro de lo que Roger Picard denomina novela social. Mencionábamos que Picard la divide en dos partes, la descriptiva y la ideológica. Esta última estaría definida como aquella que “trata que los personajes y los medios que describe expresen conceptos morales sobre la sociedad, ya ofreciendo la crítica de sus instituciones, ya abogando por las doctrinas reformadoras”. En este caso el autor pretende ejercer influencia en el espíritu del lector y hacer algo por la reconstrucción de la sociedad. Roger Picard, *El romanticismo social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, p. 159. A pesar de ello, recalamos que Sue estaba interesado por la problemática social de su época, aunque en el momento que escribe esta obra no mostraba una posición política, pues solamente condenaba o aplaudía lo que a su criterio era conveniente o no. Esto quizá se debió a que aun cuando sus lecturas iban dirigidas a cierto público, necesitaba generar polémica para interesar aún más a sus lectores.

²⁶ *Ibidem*, t. I, p. 4.

²⁷ *Idem*.

ros, zonas industriales, en fin, una nueva geografía social que para la segunda mitad del siglo XIX perderá todo su aspecto.²⁸

Este escenario de suciedad y depravación contrasta con la imagen del campo y los espacios abiertos de los suburbios, como lo deja ver en la impresión que se llevó Flor de María: “¡Cuál fue su asombro, su estupor, al ver la hermosa aldea construida en el declive, la casa de campo, el prado, las hermosas vacas, el riachuelo, el soto de castaños, la torre de la iglesia, el mismo cuadro [...] Un hermoso sol de otoño iluminaba este delicioso paisaje [...] las hojas amarillas y color de púrpura de los castaños se mezclaban con el azul del cielo”.²⁹ En fin, era una imagen idílica del campo.

También, como ya hemos visto, Sue hace bastante referencia al estado de embrutecimiento y de salvajismo al que se ha reducido a las clases más desprotegidas; sin embargo, sigue pensando que la Francia de su época continúa llevando la vanguardia en los asuntos de civilización e ilustración. Eso lo podemos ver, por ejemplo, cuando Rodolfo se refiere a la esclavitud en Estados Unidos a través de un personaje llamado David.

David es un esclavo mandado por su amo a estudiar a Francia: “en medio de la juventud más democrática de Europa”,³⁰ lo que lo hace mirar el mundo desde otra perspectiva, desarrollar su sentido de lo moral, y dejar el “embrutecimiento y apatía propios del estado ordinario del esclavo”.³¹

El contacto con una sociedad distinta de la esclavista de Estados Unidos tiene como consecuencia que David adquiera nuevas virtudes que lo hacen predicar con sentimientos más cristianos, de suerte que pretende aleccionar a los de su misma condición esclava mediante una actitud de perdón y esperanza en un mundo mejor: “los moralizaba, los consolaba y los exhortaba a la resignación; les decía que Dios protege lo mismo al negro que al blanco, y les hablaba de otro mundo en donde no hay señores y esclavos, sino justos y pecadores; de una vida eterna, en donde las víctimas de esta vida fugaz y transitoria eran tan felices que pedían gracia para sus verdugos”.³²

Esta misma actitud es la que se esperaba de aquellos parisinos reducidos a la más indignante degradación. Si la esclavitud parecía una aberración en el mundo moderno, más aún lo parecía la existencia de estos miserables en el país de las libertades. La idea de que son los salvajes los que se han corrompido y no encajan en la sociedad muestra las aberraciones del mundo moderno: las prostitutas, los obreros, los pobres, etcétera, son las víctimas de la incompetencia del mundo en el proceso de civilizarlos. Por estas razones se puede ver en *Los misterios de París*

²⁸ Con Haussmann se perdió esa esencia de los barrios parisinos, pues se desplazaron los barrios obreros a los suburbios y se reconstruyó toda la fisionomía urbana.

²⁹ *Ibidem*, p. 66.

³⁰ *Ibidem*, p. 140.

³¹ *Ibidem*, p. 143.

³² *Ibidem*, p. 141-142.

la intención de dar un testimonio no sólo del París decimonónico, sino de los actores nuevos en una época de cambio.

Sue lamenta también las injusticias, pero no quizá como se pensaría en una persona que después comulgaría con el socialismo. No pretende un llamado de atención alentando al cambio social revolucionario sino apelando a los sentimientos de compasión que puedan surgir en el lector. Las cosas son en muchos sentidos inamovibles:

Los desgraciados soportarían acaso alegremente su desventura, si creyesen que los demás no eran más alegres que ellos, pero van al pueblo y a la ciudad los días de mercado, y ven el pan blanco, colchones mullidos, y niños alegres y rollizos, y tan hartos y desganados que echan rosquillas a los perros. Y entonces, cuando vuelven a su choza de barro, y a su pan negro, y a su cama dura, dicen los infelices al ver a sus hijos enfermos, y llenos de miseria, para quienes hubieran cogido de buena gana las rosquillas y mendrugos que los hijos de los ricos echaban a los perros. “¡Cáspita! Ya que el mundo se compone de ricos y pobres, ¿Por qué no hemos nacido ricos? ¿Por qué no habría de tocarnos también nuestra vez? ¡Esta es una injusticia!” Pero, amigos míos, los que lo dicen no tienen razón, y sufren inevitablemente y sin descanso ni esperanza de alivio el yugo que a veces los exaspera, sin disfrutar jamás la dicha del reposo [...] una vida pasada de este modo no es la que debe parecer muy larga [...] la mayor parte de los jornaleros que piensan de este modo viven a mal consigo mismo, emprenden con disgusto el trabajo diario [...] Estos pensamientos son de mala ley, hijos míos [...] porque del abandono a la haraganería no hay más que un paso, y de la haraganería al vicio es menor la distancia.³³

Podemos mencionar también que su intención es mostrar los contrastes ocasionados por la revolución industrial, tales como el proletariado y la urbanización. Esos mismos contrastes lo llevaron a plantearse dudas en un contexto más amplio, como la relativa a la manera de interpretar los bajos mundos dentro de un discurso de igualdad.

La novela social en México

El fenómeno de la aparición de lo social a través de la literatura estaba ligado a las circunstancias en las que se llevó a cabo. Como hemos visto, es una época de surgimiento de nuevos actores sociales acordes con las características de los nuevos tiempos. Es por esta razón que los temas de la novela social se desarrollaron en varias latitudes durante el siglo XIX.

No todas las tramas despertaron el interés del público, ya sea por su falta de talento en la manera de expresar las ideas del autor o porque los personajes no eran tan cautivadores. Es decir, no lograban despertar el lado emotivo del lector

³³ *Ibidem*, p. 255.

con sus aventuras o su historia de vida y muchas de ellas desaparecieron en la inmensidad del anonimato y por tanto en el olvido.

Sabemos que Francia fue un importante centro de producción de este tipo de obras. Esto se debió a que varios de los autores que participaban en este rubro de la literatura tenían una carrera previa o, en otros casos, el tiempo les permitió convertirse en íconos de la literatura francesa decimonónica.³⁴

En el caso de nuestro país, sabemos que la obra de Sue se difundió por algunos medios, principalmente a través de la prensa.³⁵ Esto nos permite suponer que los temas o la manera de abordar ciertos tópicos propios de la realidad social del México de aquellos años fueron probablemente tomados de *Los misterios de París*.

Durante la segunda mitad del siglo XIX aparecieron en México novelas como las que presentamos a continuación a manera de ejemplo. En primer lugar, mencionaremos la novela de José Rivera y Río: *Esqueletos sociales*.³⁶ En dicha obra, el autor nos muestra una serie de personajes identificables por sus características morales, pues en su prólogo explica su intención de observar a la sociedad y juzgarla bajo ciertos principios morales.

Cada uno de ellos es representativo de un grupo social: los aristócratas, la clase media y los pobres, cada uno con los defectos y virtudes propios de sus condiciones sociales y de sus valores, adquiridos a través de la educación y de la vida que han elegido llevar. A lo largo de la obra de Rivera y Río muestra cómo los hombres y las mujeres se han envilecido principalmente a través de los deseos y las pasiones mundanas.

Rivera y Río nos muestra a Jorge, joven de familia aristócrata que vive siguiendo sus instintos con jóvenes adineradas que no conocen ningún tipo de valor moral. Sin embargo, bajo una especie de revelación divina, Jorge consigue finalmente inclinarse a una vida más recatada a partir de los sentimientos que le provoca el ver a una viuda y su familia desamparadas. La caridad desempeña aquí un papel fundamental, pues es una actividad que redime.

Tras mostrar los escenarios más representativos de la ciudad, y principalmente de las clases medias, tales como Vizcaínas y las vecindades aledañas, el autor emite juicios sobre la situación de estos habitantes de la ciudad: "La humanidad es su obra, aunque en ella existan los hombres que reducen a parias a los hijos del pueblo".³⁷

En medio de una gran cantidad de párrafos destinados a mostrar al público las ventajas de lo que el autor considera el camino de la rectitud y por lo tanto de la salvaguarda frente a la degradación moral, se relata una historia de amor, de desengaño y de muerte por la patria. Jorge se casa finalmente con Rosa, una mujer prístina y bondadosa, llena de virtudes, y sobre todo recatada y desprendida de las cosas materiales. Rosa, por venir de un hogar humilde pero honrado,

³⁴ Como ya se mencionó, un buen ejemplo es el de Víctor Hugo y su obra *Los miserables*.

³⁵ Por ejemplo, los extensos comentarios dedicados a dicha obra en *El Museo Mexicano*, 13 de abril de 1851, p. 1.

³⁶ José Rivera y Río, *Esqueletos sociales*, México, J. Rivera y Compañía, 1870.

³⁷ *Ibidem*, p. 50.

muestra al joven una manera menos mundana de vivir. El amigo de la joven pareja, Felipe, es un muchacho cuya única riqueza es su buen corazón y que tras una serie de desengaños amorosos decide que a quien ama por sobre todas las cosas es a su patria, de ahí que se alistó para enfrentar al invasor francés.

Podemos hacer la comparación en cuanto al mensaje moral que los autores pretenden comunicar a la sociedad: personajes muy poco creíbles en su exagerada bondad o maldad constituyen ejemplos de las virtudes o acciones reprobables practicadas por la sociedad. Otros temas compartidos son la filantropía y la caridad que se hacen presentes en las personas adineradas y de buen corazón.

Existen otras obras del mismo corte. Por ejemplo, en *Ironías de la vida*,³⁸ Pantaleón Tovar hace una novela con personajes más complejos, con vida propia y diálogos que hacen menos plana la lectura. En la obra aparecen personajes que por cuestiones de la vida se han envilecido, como es el caso del portero don Joaquín, quien abusa de la bondad de una joven inocente, Inés, con la justificación de que los errores traen consecuencias. La trama se desarrolla en diferentes escenarios de la ciudad de México y sus alrededores: San Cosme, el Paseo de la Viga, las calles aledañas a la catedral, y otras que nos muestran una imagen de lo que sucedía en esos lugares conocidos como refugio de gente miserable o lugares pintorescos y representativos de la sociedad mexicana.

Dentro de la trama hay viudas enamoradas, jóvenes románticos, mujeres intachables, ricos bondadosos y demás. Sus personajes son más cercanos a los creados por Sue en cuanto que tienen la posibilidad de la redención por medio de las virtudes. Igualmente, los villanos de la novela son tan malos que la mayoría de las personas bondadosas sufren por sus atropellos y sus abusos.

Finalmente, existe una novela que hace referencia, incluso en el nombre, a la obra de Eugenio Sue. Ésta es *Antonino y Anita o los nuevos misterios de México*.³⁹ Dicha obra intenta hacer nuevamente una trama de historias de personajes diversos que se unen a través de la historia de amor de una joven pareja de extracción social distinta.

La historia se desarrolla principalmente en tres lugares: la villa de Guadalupe (escenario de la población indígena), San Francisco y San Pablo (escenario de las clases bajas) y Chapultepec (escenario de las clases altas). También nos muestra una serie de lo que podríamos considerar tipos sociales: Antonino, un militar; Anita, personaje indígena; la tía de Antonino, una mujer caritativa; los curas; las familias de antepasados españoles; los jóvenes ruines, etcétera.

Entonces, al igual que con la novela de Sue, los escenarios van desempeñando un papel importante en la trama, pues determinan la calidad moral de los personajes. Anita vive en los alrededores de la basílica de Guadalupe; su alma es

³⁸ Pantaleón Tovar, *Ironías de la vida: novela de costumbres nacionales*, México, J. M. Lara, 1851.

³⁹ Édouard Rivière, *Antonino y Anita o los nuevos misterios de México*, México, Navarro y Decaén, 1851. Su mención de ser los “nuevos misterios” se debe a una anterior publicación, en el año de 1850, que realizó Niceto de Zamacois, bajo el título de *Los misterios de México*.

buena, dulce y caritativa, vive por y para su padre, quien es un indio honesto y trabajador además de fervorosamente creyente. Anita conoce a Antonino cuando él se desmaya, víctima del cansancio, y así se le presenta como una auténtica aparición mariana que brinda auxilio.

Después de una corta estancia, Antonino debe regresar a su cuartel, no sin antes prometerle a su joven enamorada que volverá y la desposará. Sin embargo, el regreso a la vida citadina hace que Antonino poco a poco se aleje de su promesa y caiga en manos del desenfreno, viviendo sólo para el placer que le generan las mujeres. A la par, hay varias historias: una mujer golpeada por un hombre vil que se degrada hasta morir en una mazmorra; una viuda adinerada que por caridad y filantropía pone una casa de niños expósitos; un conde solitario que busca desesperadamente a sus hijos perdidos y entretanto vive ayudando a los desamparados (muy al estilo del Rodolfo de Sue), etcétera.

Tras una serie de eventos desafortunados, Anita llega a la casa de la señora rica y conoce a un joven en su misma situación. Antonino, despechado por sus múltiples mujeres, cree que Anita le ha sido infiel y decide vengarse deshonorándola. Sin embargo, el carácter noble de la joven, su determinación de evitar el pecado y sobre todo su naturaleza bondadosa la libran de todos los peligros a que se ve expuesta en la miseria.

La historia concluye finalmente con el encuentro de la pareja, y en ella se explica el motivo por el que Anita había sido siempre tan delicada, buena y alejada de la deshonra: su padre es el conde español que había perdido a sus hijos en la guerra de Independencia. Los secretos no revelados, los crímenes de los envilecidos por la ambición, los vicios o la lujuria, son la sustancia de un relato que intenta mostrar el lado oculto de la sociedad de la capital mexicana.

Hemos visto diversos intentos por hacer de la literatura un medio de expresión de ideas por parte de quienes se interesaban en la cuestión social del entorno. México no fue la excepción, por lo que hubo, si no una considerable cantidad, sí algunos ejemplos de este tipo de literatura.

Hacia el uso de la literatura

Con base en lo visto sobre *Los misterios de París*, podemos resaltar la importancia de las novelas sociales, principalmente en cuanto a que los personajes recreados a lo largo de la narración representan a miembros identificables de la sociedad parisina en épocas de cambio. Ni la trama, ni los personajes, ni las situaciones planteadas en la novela tenían necesariamente que reflejar la realidad histórica; de hecho resultaban inverosímiles desde este punto de vista. Lo que importaba es que sirvieran para hacer una denuncia, al tiempo que se tenían grandes retribuciones por parte de los asiduos lectores.

Por tanto, Sue pretendió ser fiel a una forma de ver el mundo emanada del romanticismo, si bien de una manera que era común en su época y que llevaría

a un autor como Víctor Hugo a gozar de fama mundial. La presentación de los “misterios” de las ciudades, es decir de lo que no se conoce de su faceta de miseria y degradación moral, fue un recurso viable en la medida en que la nueva realidad de las ciudades era desconocida.

Puede concluirse que en Sue no hay propiamente una denuncia social sino una queja sobre la desmoralización de la sociedad. El panorama más acabado no es el de la ciudad o las condiciones de vida, sino el de algunos personajes. Tampoco hay un contenido político definido. La obra refleja los cambios de la vida parisina, de la reestructuración de las ciudades, de la urbanización y de las consecuencias que todo esto traía consigo. *Los misterios de París* supone un análisis social ciertamente muy simple pero no privado de trascendencia, pues Sue intenta llegar a lo emotivo desde una realidad innegable del siglo XIX. □

Del tema de *Los misterios* al de la justicia del duelo: breves apuntes
sobre temas literarios en la visión extranjera de México
en el siglo XIX (1844-1857)

José Enrique Covarrubias

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

Uno de los momentos más interesantes en la historia de la literatura extranjera sobre México inicia hacia 1840. Varias obras aparecidas por entonces o un poco después muestran una mirada ensanchada que comprende aspectos de la realidad mexicana anteriormente soslayados o tratados un tanto de paso. Esto las distingue de los escritos de Poinsett, Ward, Bullock, Beaufoy y otros, quienes dirigían una atención prioritaria a las cuestiones económicas y/o hacia la viabilidad de las aspiraciones republicanas del país. Autores como Brantz Mayer o la marquesa Calderón de la Barca dan ya curso a un pintoresquismo que busca lo singular del país y por lo mismo supone una visión más integral. Junto a estos conocidos autores aparecen otros que, sin olvidar lo específico del país, dan más cabida a la comparación y sitúan a México en un contexto de problemas también presentes en otras latitudes. Un aspecto en que abundan para encontrar lo común entre México y los demás países es el social.

Los escritores a que aquí se hace referencia se distinguen por emprender ciertas reflexiones morales y literarias que no habían desarrollado los viajeros previos, más dados a observaciones y datos muy puntuales y concretos, lo que en buena medida se explica por el hecho de que estaban pre-dirigidos por la lectura del *Ensayo* de Humboldt. En el presente trabajo se intenta ilustrar muy genéricamente sobre el nuevo tipo de abordaje, comparado y reflexivo, con atención a

la influencia de varios temas literarios. Se desea aportar a una comprensión más diferenciada de las secuencias y orientaciones de este interesante tipo de fuentes, cuya diversidad no siempre es reconocida y valorada.

El tema de los misterios en Zamacois

Uno de los temas literarios que aparece en la década de 1840-1850 y es recogido por un español residente en México se relaciona con los “misterios” de las grandes ciudades. Se hace aquí referencia, desde luego, a una reflexión motivada directamente por Eugène Sue y su célebre novela *Los misterios de París*, que no tardó en ser un modelo para muchos literatos de varios países.¹ El español en cuestión es Niceto de Zamacois, quien hacia 1840 emigró a México e inició así una producción literaria que incluyó tanto obras de ficción como relatos y descripciones de tema histórico y descriptivo sobre México, además de su voluminosa *Historia de Méjico* (1876-1882). Todo esto fue parte de una actividad literaria casi prolongada hasta su muerte, en 1885. Zamacois escribió incluso un texto dramático en verso intitulado *Los misterios de Méjico* (1850-1851). El autor de estas líneas ha mostrado ya en otro lugar que para Zamacois el tema literario de los “misterios” no se circunscribe al ámbito urbano sino que lo extiende a México como país, particularmente en sus aspectos históricos.² Sin embargo, también es cierto que Zamacois lo desarrolla con más amplitud al tratar de una ciudad, en este caso la capital mexicana.

Se ha apuntado aquí que para Zamacois el tema de los misterios no se circunscribe a las ciudades. En efecto, comprende las visiones de un artista de la pluma al evocar el pasado de todo un país, aquel en que residen sus orígenes como nación y los grandes personajes que le dan lustre desde un punto de vista histórico. En su novela histórica *El mendigo de San Ángel* (1864-1865), Zamacois da un ejemplo acabado de esto en el pasaje sobre Molino de Flores, en las cercanías de Texcoco. En ese pasaje Zamacois se refiere a los amores y afanes del rey Nezahualcóyotl, al cual imagina resignado, entre su séquito de guerreros, tras constatar que su princesa amada contrajo nupcias con otro gobernante prehispánico. En *El capitán Rossi* (1860), otra novela, Zamacois imagina a la Malinche y otras doncellas indígenas tomando sensualmente un baño en las aguas de Chapultepec, y de esa manera ilustra sobre personajes y lugares que resultan fundacionales en la historia de México. Ya en lo relativo a lo que serían los misterios de la ciudad de México, además del texto dramático mencionado, existen varias descripciones de Zamacois

¹ Sobre esta novela y su autor, con su idea de lo que serían los misterios de una ciudad, véase el trabajo de Julieta I. Martínez incluido en este número de *Históricas*.

² José Enrique Covarrubias, “Niceto de Zamacois y su crítica al liberalismo exaltado en México entre 1821 y 1867”, en Aurora Cano Andaluz, Manuel Suárez Cortina, Evelia Trejo Estrada (eds.), *Cultura liberal, México y España. 1860-1930*, Santander/México, Universidad de Cantabria/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas e Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2010, p. 339-344.

en el libro colectivo *México y sus alrededores* (1855-1856) en que este español se refiere a algunos monumentos y sitios importantes de la ciudad de México (la Catedral, el Palacio del Ayuntamiento, etcétera), sin dejar de evocar escenas y atmósferas de la historia relacionada con ellos.

Zamacois tiende a una reconstrucción histórica de tonos amables y apacibles, a lo que lo impele su condición de español que busca resaltar los aspectos nobles de la dominación colonial en México. De esto resulta un contraste importante con la temática de los misterios de Sue, quien se muestra proclive a presentar aspectos muy ásperos del universo urbano corrompido del París decimonónico. Zamacois evocará continuamente hechos y sitios del periodo virreinal que dan lustre a la colonización española. Pese a todo, no falta en él una fidelidad al principio de Sue en torno a la invisibilidad o relativa invisibilidad de los personajes y ambientes que el novelista tiene el cometido de hacer visibles. Al desplegar la temática en relación con la ciudad de México, Zamacois presenta realidades ocultas o sólo parcialmente visibles, y es ahí donde incorpora ese tópico de la realidad invisible hecha visible. Es de señalarse que Zamacois escribe sus dos novelas para dar a conocer episodios históricos y costumbres de los mexicanos, y este ánimo, un tanto pedagógico, altera ya un poco el sentido de Sue al redactar una literatura de “misterios”.³

Respecto del punto de la invisibilidad importa mencionar que Sue desplegó su talento trazando un escenario urbano eminentemente nocturno, una especie de Hades parisino que se despliega en la oscuridad y pone en acción a personajes siniestros de miras corruptoras y depravadas. Algo de esto hay también en el Zamacois novelista, si bien de manera más recatada. En *El capitán Rossi*, nuestro autor incluye un pasaje en que se refiere a la reunión nocturna de una logia masonica en la ciudad de México, donde los villanos de la novela⁴ planean actividades políticas subversivas, orientadas principalmente contra los españoles residentes en México.

En este relato, como en *El mendigo de San Ángel*, Zamacois presenta una especie de conspiración continua contra los españoles aposentados en México por parte de emigrantes europeos o norteamericanos, quienes cuentan para esto con la complicidad de los liberales exaltados mexicanos. Esta trama, desde luego, se compagina muy bien con el carácter oscuro, secreto, del tema novelístico de los misterios. Como en el caso de Sue, Zamacois siembra sus relatos de personajes marcadamente buenos o malos, y los primeros suelen ser víctimas, por supuesto, de los segundos. El inmoral afán de lucro de los negociantes norteamericanos y europeos establecidos en México los lleva a unirse a los liberales exaltados mexicanos en el propósito de minar las costumbres y valores caritativos propios del

³ Zamacois edita *El capitán Rossi* primeramente en España, para luego publicarla en México. De *El mendigo de San Ángel* no he encontrado referencias a alguna publicación española previa a la mexicana ya señalada, aunque no sería de descartar que la haya habido.

⁴ Que son, por una parte, el italiano Picaluga, el famoso delator de Guerrero, así como algunos liberales exaltados que siguen el juego a éste en sus actividades políticas destructivas.

catolicismo hispánico y adoptar en cambio un talante materialista y voraz. Esto explica, por ejemplo, que los liberales mexicanos de la logia yorkina se presten a allanarles el camino y promuevan la expulsión de los españoles en varias ocasiones. En consecuencia, la mayoría de los españoles son presentados, junto con la mayoría de los mexicanos, como fieles al catolicismo hispánico, como emblemas de inocencia, de sentimientos nobles y refinados, y como movidos por un apego muy elevado y digno de las costumbres religiosas. Sus adversarios aparecen, por otra parte, como movidos por una conjunción repelente de avaricia y lujuria.

Tómese en cuenta, por ejemplo, la trama de *El mendigo de San Ángel*. Se trata de una joven huérfana, Clotilde, recogida caritativamente por unos hermanos llamados Emilio e Inés, quienes sacrifican sus posibles proyectos de matrimonio con tal de poder cuidar y ofrecer un buen futuro a Clotilde. Tras haber llevado una vida sana, esta singular familia se ve azotada por una repentina afición al juego en don Emilio, incitado a ello por Duval, norteamericano que desea casarse con Clotilde. Ésta ama, sin embargo, a Leopoldo, un pintor movido por el ideal romántico del héroe artista, normado por el espíritu de belleza y verdad. La trama muestra cómo Duval infructuosamente trata de dominar el alma de Clotilde, quien finalmente logra evitar el matrimonio con él. El villano del relato es, desde luego, Duval, quien junto con otro extranjero siniestro (el doctor Willey) ve en México un paraíso para el botín y la explotación de la gente inocente.

En un primer momento parecería obvio que Zamacois sitúe este tipo de tramas prioritariamente en la ciudad de México. Él habita durante la mayor parte de su vida en dicha ciudad, que por lo mismo era la urbe del país que mejor conoce. Sin embargo, puede existir otra razón, menos vinculada con su situación personal, que venga a cuento para explicar el emplazamiento de sus tramas novelísticas en la capital: para Zamacois la ciudad de México es la suma de todo lo bueno que la colonización española ha traído consigo. Por lo mismo, emplazar a los extranjeros y los liberales exaltados como agentes activos de las conspiraciones antiespañolas en la capital encaja muy bien con la temática literaria de los misterios. Tiene que ser en este escenario grandioso y glorioso donde se sitúen las maquinaciones de los extranjeros alevosos para darle un mayor dramatismo a la historia.

Es pertinente insistir: para situar novelísticamente a los enemigos de la presencia e influencia española en México, ya fueran mexicanos o extranjeros, no es indispensable concebirllos en la capital mexicana. También en Jalisco, Zacatecas y otras entidades de la república han surgido tras la Independencia gobiernos y círculos políticos embarcados en una línea muy hispanófoba. La expulsión de los españoles, que es el episodio histórico central de su primera novela, no obliga a que los personajes y sucesos de la misma se ubiquen preponderantemente en la capital. Sin embargo, al hecho terrible de ver a la gran urbe edificada por los españoles como escenario de iniciativas hispanófobas, Zamacois suma la circunstancia de que la ciudad de México es el principal punto comercial y financiero del país, aquel en que los negociantes extranjeros sientan cada vez más sus reales a costa de los hispanos.

Podemos concluir, en torno a Zamacois y su versión del tema de los misterios, que él ante todo recogió el motivo y lo empleó para exaltar el pasado español y los aspectos tradicionales de la sociedad mexicana. Es una modalidad mucho más conservadora, en cuanto a su estudio de lo social, que la de Sue. Sin embargo, tiene en común con el francés el propósito de mostrar los agentes de la degeneración moral de la sociedad. La claudicación frente a los vicios y las pasiones destructivas (la inédita afición al juego de don Emilio, por ejemplo) termina explicada no sólo por la debilidad particular de los individuos concretos sino como parte de un proceso de transformación social, en este caso la disolución de las viejas costumbres y la mentalidad novohispanas a causa de la influencia de los negociantes europeos o norteamericanos emigrados a México. Zamacois traza así un paralelo mexicano al de la corrupción desencadenada en la Francia orleanista por el egoísmo de los nobles y burgueses, ya no contenido por los viejos miramientos del honor y la religión.

Es de señalar, finalmente, que en las novelas de Zamacois hay un cierto contraste entre un medio urbano vicioso y uno rural sano, de la misma manera que ocurre en *Los misterios de París* de Sue. Sin embargo, en el español la demonización de las criaturas urbanas es más recatada que en el francés. De cualquier manera, también él presenta sitios cercanos a la ciudad de México que resultan excelentes lugares de retiro y purificación: Chapultepec, Texcoco, San Ángel, etcétera. Al describir estos sitios o monumentos encuentra Zamacois la oportunidad de recrear atmósferas de placidez con una soltura que francamente no encuentro en otros escritores del medio mexicano de esa misma época. Es también cuando Zamacois exhibe sus dotes para la descripción, que desarrolla en sus numerosas relaciones de costumbres y lugares contenidas en artículos y capítulos de libros.

Cerremos pues este apartado con un detalle muy significativo de la plácida descripción de la casa habitada por Clotilde, la heroína de *El mendigo de San Ángel*. La casa está construida en la villa de este último nombre, en estilo neoclásico, con una espaciosa portada de orden dórico. Respecto del segundo piso de la misma, afirma Zamacois:

Sostenía el segundo cuerpo de esta casa, un peristilo corintio con enlosado de mármol de Génova; y al lado izquierdo y derecho que daban entrada al edificio, se descubrían dos magníficos pórticos, también corintios, *en que el artista había dejado escrita una página honrosa que le colocaba entre los más distinguidos arquitectos de la Antigüedad.*⁵

Que Zamacois encuentre comparable al arquitecto de una casa de San Ángel con los mejores de la Antigüedad entera sólo demuestra hasta dónde está dispuesto a llegar con tal de apuntalar la gran idea que difunde de los sitios y la vida en México, particularmente de la capital y lugares aledaños.

⁵ Niceto de Zamacois, *El mendigo de San Ángel*, México, Mauca, s/a, I, p. 6. Las cursivas son mías.

Un segundo ejemplo del tipo de reflexión que gana fuerza entre los viajeros y extranjeros hacia 1840 lo tenemos en dos autores que se refieren al tema de la educación en tanto que formación de hábitos y sentimientos y no sólo transmisión de conocimientos. Al igual que Zamacois, los autores en cuestión son españoles. El primero, Luis Manuel del Rivero, no es muy conocido pese a que su *Méjico en 1842* (1844) ofrece una de las evaluaciones críticas más interesantes sobre la situación del país hacia los años del santanismo.⁶ Vicente Calvo, por su parte, ha permanecido aún más ignorado durante casi dos siglos, lo cual se debió a que su escrito sobre México, la *Descripción política, física, moral y comercial del Departamento de Sonora en la República Mexicana* (1843), no fue editado hasta fechas muy recientes.⁷

No se puede hablar de las ideas de Rivero sobre la educación en México sin mencionar antes su visión crítica de la situación de este país en las primeras décadas de Independencia. El español somete a su juicio muchas cosas, pero es pertinente referir aquí el sinsabor que le provoca el desprestigio político sufrido por la capital mexicana. Rivero condena que en la república federal se haya olvidado o ignorado el significado político de la ciudad de México, sobre todo por lo que ella significó durante los siglos coloniales en cuanto a “trabajo social”, según los propios términos usados por este autor.⁸ Con esta expresión se refiere a la organización administrativa y la impartición de justicia que tuvieron lugar bajo la actuación coordinada del virrey y la Real Audiencia, instancias que, de acuerdo con Rivero, implicaron una atención eficiente a quienes vivían de su trabajo o su talento, agradecidos a su vez por verse preferidos frente a quienes procuraban los privilegios aristocráticos. En la ciudad de México tenían asiento las principales instancias de este gobierno, siempre sensible a las solicitudes y necesidades de una población heterogénea en su mentalidad y origen étnico. La diligencia política y administrativa ahí implicada era formidable, nos asegura el referido autor.

Rivero apunta que todo esto se vino abajo con un régimen republicano en que no se ha gestado ningún “pensamiento de gobierno” o “pensamiento organizador” o más genéricamente ninguna “ciencia de gobierno”. Los ensayos políticos

⁶ Rivero residió en México entre 1839 y 1842, aproximadamente, y todo indica que estuvo en estrecho contacto con la representación española recién inaugurada en México por esas fechas. Era un hombre conocedor del tema de las leyes y el derecho. Su libro fue publicado por Eusebio Aguado en Madrid.

⁷ Esta descripción fue encontrada como manuscrito en la Biblioteca Nacional de España y editada por Eduardo Flores Clair y Édgar O. Gutiérrez López, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006.

⁸ En el primer capítulo de su libro, Rivero hace una sugerente interpretación sociopolítica del pasado colonial de México y afirma que la sociedad novohispana se rigió por dos principios distintos y contrapuestos: el del trabajo, que era un principio de democracia y aprecio al pueblo, y el aristocrático, que encarnaba las aspiraciones de los descendientes de los conquistadores, siempre deseosos de privilegios y preeminencias. Según Rivero, el principio democrático tuvo mucho más auge que el segundo, no en última instancia porque el mismo gobierno virreinal lo observaba y fomentaba.

de los mexicanos se le presentan como la destrucción de lo penosamente construido durante los tres siglos coloniales, sin que se haya visto sustituido por algo que de lejos tenga visos de duradero, razonable y viable en relación con el pensar y sentir auténticos de la población. Despreciar a la capital como un signo de nacionalidad figura entre las actitudes que Rivero considera disparates típicos de la nueva situación. Además, varios estados de la Federación no vacilan en regatearle también a la ciudad de México la tradicional preeminencia comercial de esta urbe, una función que Rivero estima justificada y necesaria:

Ha resultado aquí un gran golpe para la importancia comercial de la capital, que hubiera sido político sostener por toda clase de medios indirectos, aun sin contrariar abiertamente las doctrinas de una prudente libertad; siendo o debiendo ser la capital el gran nudo de la nacionalidad mejicana. ¿Ha hecho algo el gobierno en el sentido de estas miras del porvenir? El gobierno lo que ha hecho allí es arrastrar una mísera y a veces culpable existencia por entre los motines y las asonadas.⁹

Es de interés señalar que para Rivero la situación mexicana ofrece un buen mirador para identificar algunos de los grandes males de las sociedades contemporáneas, reproducidos en el país hispanoamericano con notable transparencia y gravedad. Rivero se refiere, por ejemplo, al esfuerzo de industrialización encabezado por Alamán con su Banco de Avío, algo muy noble pero que viene a ser un caso más de la atención excesiva dada por los gobiernos de la época a un ramo económico que no tiene por qué prosperar a costa de otros, principalmente del comercio. Otra reflexión suya sobre los males de su tiempo, de interés primordial aquí, se refiere a la pérdida del recto sentido de la educación.

Rivero considera que la educación ha sido sustituida en las épocas modernas por la difusión “de ilustración”, es decir mera difusión de conocimientos, sin que se contemple la formación de hábitos y principalmente el cultivo del sentimiento. Las líneas siguientes dan una idea de lo que este autor entiende por educación, en contraste con la mera transmisión del conocimiento:

En vano se ilustrará el entendimiento, y se enriquecerá con vastos y variados conocimientos, y se formará de ellos una vistosa galería, si la sabiduría no radica en el corazón, si la verdad, auxiliada de hábitos de todo género, no fija su trono indestructible en la elevada región del sentimiento, para desde allí alumbrar y calentar la existencia toda entera, presentándole un fin razonable que no la consienta divagar, y antes por el contrario la atraiga irresistiblemente con su divino imán.¹⁰

Éste es, desde luego, un típico tópico romántico de la época que toca en suerte vivir a Luis Manuel del Rivero. Basta recordar el *Emilio* de Rousseau y las posteriores obras de los escritores románticos tempranos del siglo XIX (Madame

⁹ Luis Manuel del Rivero, *Méjico en 1842*, p. 255-256.

¹⁰ *Ibidem*, p. 267.

de Staël, George Sand, Benjamin Constant, etcétera) para tener una idea del espectro de autores que se abocó a variaciones de este tema, ramificado ya en muchas astas y direcciones que no había tenido forzosamente con Rousseau.

También Vicente Calvo, comerciante residente durante un par de años en Sonora, se muestra preocupado por la escasa importancia concedida en su época a la educación en el sentido de Rivero. En su escrito se menciona como principal ejemplo el caso de la mujer, y nuevamente el escenario de México viene a ser tomado como paradigmático a este respecto.

En su *Descripción* referida a Sonora, Calvo menciona la situación educativa de México y sostiene que la falta de educación es causa decisiva de que el grueso de la población se deje embarcar continuamente en revoluciones queridas por unos cuantos. El pueblo hace suyas las causas promovidas por esos pocos sin que medie discusión o conocimiento de lo que está en juego. Así:

Esta observación general, confirmada a cada instante por las guerras civiles que despedazan a los mexicanos, por la ambición de algunos cuantos, nos da una idea bastante clara del abandono en que ha estado la educación de estos pueblos, cuyas ideas de amor al trabajo, sumisión a las leyes, subordinación a los magistrados, moderación, integridad y buenas costumbres se ven dolorosamente reemplazadas por las de holgazanería, libertinaje, irrespetuosidad, encono, perfidia y escandalosa inmoralidad.¹¹

Por tanto, en Sonora falta de manera muy aguda lo que de cualquier modo también falta en el resto del país, aunque quizá de una manera menos urgente: la creación de escuelas en que se enseñe “la moral evangélica y las máximas de una justa libertad”,¹² así como el desarrollo de la imprenta. Calvo no es un liberal conservador, lo que establece un contraste significativo con Rivero, quien sugiere intentar el establecimiento de una monarquía en México.¹³ El autor de la *Descripción* no distingue entre “educación” e “ilustración”, ni supone que en su época se esté descuidando la formación moral y sentimental por causa de un aprecio exagerado del progreso material, según piensa Rivero. Él condena el gobierno español en América por haber impartido una educación impregnada de superstición. Con todo, no se puede ignorar que la idea de Calvo sobre la educación pone un fuerte énfasis en la sabiduría del sentimiento mencionada por Rivero.

Por lo que toca a las mujeres de México,¹⁴ según Calvo, su precaria situación educativa las pone en un predicamento que a fin de cuentas es común al género

¹¹ Vicente Calvo, *Descripción...*, p. 183-184.

¹² *Ibidem*, p. 186.

¹³ *Méjico en 1842* es uno de los primeros libros escritos por extranjeros en que se propone ese ensayo monárquico ante la caótica situación del país.

¹⁴ Sobre la educación de las sonorenses afirma que: “La educación de las mujeres se reduce únicamente a las primeras letras, tocar el piano, el arca y la guitarra; algunas tienen buena voz que suelen lucirla con canciones eróticas que le dan un nuevo realce a su hermosura. Su entendimiento no está ilustrado, ni aplicado al corazón, porque no saben más que lo que el corazón les enseña”. V. Calvo, *Descripción...*, p. 186.

femenino en su totalidad: si la mujer no recibe en la edad adecuada una buena educación intelectual, la pérdida de sus atractivos físicos la condenará a una especie de vacío interior que sólo se explica por no haber cultivado un sentido de la vida más rico que el derivado de la relación con los hombres. En cuanto a la expresión de tal realidad entre las sonorenses, de mucho interés es el siguiente párrafo de la *Descripción*:

Se ve por desgracia en esta parte de la república [a] mujeres casadas con muchos hijos ya grandes, y que pueden ser abuelas de los suyos, presentarse en las sociedades y en los paseos vestidas y ataviadas como una niña de 16 años, pretendiendo con anhelo a pesar de su edad avanzada los homenajes de los jóvenes. Ilustrad el alma de esas pobres madres y haréis que emanen sus mayores goces del sentimiento mismo que las despedaza.¹⁵

De estar mejor educadas, apunta Calvo, las mujeres no ofrecerían este tipo de espectáculos y aprovecharían en cambio la oportunidad de resurgir en su importancia y dignidad cuando llegue el momento de ser abuelas, esto es, cuando su experiencia pasada de madres les dicte cómo ayudar a sus propias hijas en la crianza de los nietos. Así se convertirían en una pieza clave del restablecimiento de la sociedad cuando ésta ha sido destruida en sus bases, que es la situación que, como se ve, nuestro viajero percibe en Sonora y muchas otras partes de México.

Se notará que a fin de cuentas Calvo se está refiriendo, por lo que toca a las mujeres, a una educación del sentimiento en el mismo sentido que Rivero, más allá de las diferencias ideológicas entre ambos autores. Es la visión de la mujer como la persona que, con sólo contar con una atinada educación y buena guía para la vida, representa el más benéfico de los agentes sociales a partir de su sentimiento sabio de maternidad, un tipo de valoración y expectativa que abunda en la literatura romántica. No deja de ser irónico el que los editores del manuscrito de Calvo dieran en sus pesquisas con cuatro cartas que revelan una relación amorosa entre éste y una mujer que al parecer era mexicana y más precisamente sonorenses.¹⁶ Calvo desahoga ahí un rencor de lo que a todas luces fue un romance frustrado y frustrante, y no sería de descartar que esta experiencia lo haya estimulado o afianzado para escribir lo que aquí se ha referido.

De cualquier manera, más allá de este último asunto anecdótico, notemos que la importancia concedida al tema de la educación no es sorprendente en dos autores españoles. Cuestiones como la situación intelectual y laboral de la mujer, así como el estado de las carreras universitarias, han demandado mucho de la atención de los grandes políticos e intelectuales de ese país desde el siglo XVIII y todavía quedan como preocupaciones importantes en la centuria de Rivero y Calvo. Un ingrediente propio del entorno decimonónico es, sin embargo, la tónica sentimental que toda esta preocupación adquiere en las expresiones de los autores.

¹⁵ *Ibidem*, p. 186.

¹⁶ *Ibidem*, p. 227-235.

Fossey y su reflexión sobre la conveniencia del duelo

Tras de haber tratado sobre dos tópicos literario-morales relacionados con los temas de los misterios de las ciudades y la educación del alma, pasemos ahora a un tercero que asoma en la producción extranjera sobre México tras 1840. Será ocasión de hablar de un autor francés, Mathieu de Fossey, quien publica *Viaje a México* (1844) y posteriormente *Le Mexique* (1857), obra esta última en que recoge lo escrito en el primer libro y lo amplía con mayor información y un buen número de reflexiones del tipo que aquí interesan.

Como en el caso de los autores españoles vistos, podemos empezar con la idea que Fossey presenta de la capital mexicana en su primer libro.¹⁷

Fossey muestra una ciudad de México marcada por los grandes contrastes.¹⁸ En ella tienen lugar, por ejemplo, espectáculos de alta cultura como las representaciones operísticas de compañías italianas, si bien es también cierto que la asistencia del público mexicano a estas representaciones obedece en mucho al deseo de exhibirse antes que a una genuina predilección y gusto por el género. No importa, pues no faltan los empresarios que sostienen las funciones, aun si son deficitarias, y he aquí que hay una buena oportunidad para lucir la moda, visiblemente influida por las variantes europeas. Sin embargo, en la ciudad de México existe también la vida callejera y violenta de los léperos. Atento a esto, Fossey se refiere a los combates que los léperos sostienen continuamente entre sí, cuyo saldo se torna particularmente sangriento cuando se trata de días de fiesta. Los desafíos ocurren, de cualquier manera, a diario, y esto mismo ocasiona que no pase jornada en que no se reporten muertos por tales encuentros, particularmente en vinaterías:

He visto pasar un día de Todos los Santos hasta cinco muertos que llevaban a la Acordada. Al principio se me erizaba el pelo al presenciar tales espectáculos; pero como se presentan a cada rato, al fin llega uno a ver casi con indiferencia pasar, tendidos en una escalera de mano y destapados, aquellos cuerpos desfigurados y choreando sangre.¹⁹

Podemos preguntar: ¿cómo se explica semejante violencia cotidiana a la que nada parece poner fin?

Fossey comienza su relación sobre los léperos y su violencia refiriéndose a la forma de vida de éstos, llena de vicios y exenta de remordimientos, aunque tam-

¹⁷ Fossey llegó, junto con otros franceses, a la zona de Coatzacoalcos hacia 1831 con el objeto de colonizar las riberas de este río, proyecto que fracasó. Optó por permanecer en México ocupándose principalmente como maestro de francés. Parece haber salido del país hacia la época de las guerras de Reforma. No sólo vivió en la ciudad de México, sino también en las de Oaxaca y Colima.

¹⁸ La descripción general de la ciudad de México, tal como se le presenta en su época, en Mathieu de Fossey, *Viaje a México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 115-152.

¹⁹ *Ibidem*, p. 148.

bién caracterizada por una inusitada capacidad de compadecerse del otro cuando éste no es su adversario o víctima. Así ocurrió, por ejemplo, en 1838, en ocasión del conflicto armado con Francia, cuando los léperos se abstuvieron de atacar a los acosados franceses que residían en México. De manera parecida, Fossey admira que estos habitantes permanentes de las calles observen rigurosamente la jerarquía social y no sean ofensivos con la gente de más alto nivel social.

Desde el punto de vista social, lo más interesante de los léperos es la libertad que se les concede para vivir como lo hacen. En Europa sería inconcebible este margen de libertad, pues los robos y asaltos se volverían generalizados y obligarían a todos a andar armados y tener la habilidad necesaria para lastimar o matar a otros. ¿Resulta entonces que el europeo es por naturaleza más malo o perverso que el mexicano?

Fossey responde que no parece ser así, pero sí admite que la mayor rudeza del clima, los remordimientos, el pasar hambre, las mayores necesidades y la contemplación de los sufrimientos de sus allegados compelen a los europeos a tomar más inexorablemente el camino de la criminalidad. De alguna manera, las presiones del entorno físico y moral de Europa constriñen más la libertad del individuo que en México.

Por ende, si la criminalidad *lépera* es más selectiva en sus objetivos y menos desestabilizadora del orden público que la europea, ello se debe en gran parte a que ni el medio ni la naturaleza de la sociabilidad en México crean necesidades propias de una sociedad burguesa, que es el término (horrible, sin duda) que ahora daríamos en la actualidad al tipo de sociedad que Fossey sitúa en Europa. El mexicano no experimenta el clima ni la presión social que lo haría proveerse de las comodidades europeas y por lo mismo no es la necesidad la que lo mueve a robar. La verdadera causa de su inclinación al delito es la afición al juego y al alcohol.

La continua exposición a las heridas graves y a la muerte explica que de los léperos proceda un buen contingente del personal militar de México, pues “la vista del hierro y de la sangre no produce en ellos sino poquísimos efectos”.²⁰ Afrontan pues la posibilidad de morir con gran ecuanimidad, tomando la muerte como algo normal. Esto explica también la valentía del soldado mexicano de esta procedencia: ha perdido el temor y la capacidad de reflexión ante la eventualidad de la muerte.

A partir de estas consideraciones, Fossey se enfrasca en una disquisición sobre cómo el ser humano adquiere el ejercicio del valor guerrero. Apunta la circunstancia de que el combatiente que en su primera escaramuza tembló ante el sonido del primer cañonazo, apenas tres batallas después se ha convertido ya en un verdadero valiente:

Todos exigen el aprendizaje, quien más quien menos: en efecto, el desapiadado carnicero ha herido su primera víctima con mano poco firme; ha palidecido el trasteja-

²⁰ *Idem.*

dor la primera vez que ha medido con la vista el abismo en el cual está suspendido, y el comandante, que con paso firme conduce su batallón a la brecha, sintió doblarse sus rodillas cuando rompió su primer cartucho. Después de tomado un oficio se va poco a poco asumiendo su índole; cuando se recibe el título de soldado, acaba uno por entregarse a la muerte.²¹

Estas consideraciones sobre la criminalidad de las clases bajas de la ciudad de México proceden, como se ha indicado, del libro *Viaje a México* de 1844. En *Le Mexique* (1857) Fossey retoma este tema de la violencia, aunque añadiendo consideraciones sociales —o francamente sociológicas— que no estaban en su primer escrito.

El pasaje en cuestión es el relativo al duelo, que Fossey introduce al criticar la legislación que prohíbe esta práctica de honor entre los oficiales del Ejército mexicano. Entonces formula una argumentación que recuerda las ideas de Joseph de Maistre, el famoso escritor contrarrevolucionario oriundo de Saboya que hablaba de un gobierno providencial que incluye el sufrimiento y el derramamiento de sangre como aspectos infaltables de la existencia humana. Sin embargo, veamos primero lo que Fossey afirma en este nuevo libro sobre la situación política y social de México,²² más de diez años después de haber escrito el primer texto, para luego establecer el paralelo con De Maistre.

Como en su libro previo, Fossey procede comparando la sociedad mexicana con la francesa y atendiendo tanto al carácter nacional como al estado de la civilización en una y otra. Preserva y amplía dichas comparaciones para reiterar la idea de que si irrumpiera en Francia una situación de relajamiento legal similar a la mexicana, las condiciones se tornarían simplemente intolerables: los propios jueces franceses faltarían a su deber en forma aun más patente y perjudicial que los mexicanos. Por lo mismo, el carácter mexicano no aburguesado vuelve a aparecer como moderador de los males y de las consecuencias generales de una justicia deficiente, si no es que inexistente. De cualquier manera, para 1856 (fechas en que Fossey redacta su nuevo libro) la situación mexicana ha empeorado mucho. Esto se ha debido principalmente a la política: un partido, el de los liberales y federalistas, ha dado en relajar la aplicación de la ley, sobre todo en lo relativo a pronunciamientos, pues teme las represalias que habría que sufrir si se pierde el poder.

A esta percepción de las cosas, sustancialmente parecida a lo dicho en su *Viaje a México*, Fossey añade ahora la reflexión de que el castigo a los culpables es lo más importante de la justicia y que prescindir de él es imposibilitar esta última. El caso de México se torna particularmente interesante en tanto que esta verdad se muestra ahí con gran claridad. En este país se constata una perpetua impunidad del criminal sin que dejen de existir, por otra parte, jueces que fiel-

²¹ *Idem.*

²² Los pasajes en cuestión, en *Le Mexique*, París, Henri Plon, 1857, p. 252-271, 543-553.

mente cumplen con su deber y encarcelan a los culpables. Estos magistrados son, sin embargo, muy escasos y por lo mismo han de ser vistos como excepciones notables, no como agentes de una regeneración de justicia que de alguna manera pudiera estar en curso. De hecho, Fossey piensa que cualquier situación de orden implantada ocasional y sectorialmente en una sociedad ya acostumbrada al desorden y la inmoralidad pública viene a ser contraproducente. Hay una especie de ley sociológica que hace menos destructiva una situación social de desorden completo o casi completo que otra en donde instancias o imposiciones parciales de orden interrumpen el desorden general.

Por tanto, la regeneración mexicana no resultará de las acciones de magistrados aislados que hagan valer la ley en su esfera de acción exclusiva y que por lo mismo sólo avivarán las fuerzas en sentido contrario. La regeneración tendrá que venir por otra vía. Es aquí que Fossey redacta un pasaje en el que sostiene que la esencia de la justicia, sea procurada por la vía pública o la privada, es el castigo. El caso mexicano le enseña a Fossey que si bien una sociedad puede prescindir de las formalidades legales, de ninguna manera se puede dejar de lado la verificación del castigo, indispensable para su propia subsistencia.

Algo que le sirve a Fossey de evidencia para el postulado es la situación del Ejército mexicano. Se trata de la institución que más ha contribuido al desorden, sin que por el momento se avizore mejora alguna al respecto. Lo más relevante de la situación militar en México es que, si bien se cuenta con una tropa valiente (los léperos metidos a soldados), la oficialidad es en cambio cobarde y se ceba en los levantamientos y la búsqueda del poder político en lugar de la observancia del honor. Algo que podía haber cambiado todo esto habría sido el conceder a los oficiales la legalidad del duelo, lo cual se ha descartado al emitirse una ley de signo contrario. Prohibir el duelo es sinónimo de bloquear una fuente de energía y severidad moral que es la fuente primaria de la justicia y, más allá de ésta, de la misma existencia social. Fossey menciona la opinión emitida alguna vez por el general Manuel Gómez Pedraza en este mismo sentido y asegura que de la legalidad del duelo entre oficiales resultaría una regeneración por la vía del honor y de ahí también el restablecimiento del principio de castigo que el aparato institucional judicial no preserva.

El principio último de Fossey es, pues, la necesidad del castigo como resorte central de la justicia. Si el castigo es socialmente indispensable y no se consigue por la vía institucional, la prohibición de la única vía honorable que quedaría para hacerlo valer (el duelo), aun cuando sea bajo argumentos humanitarios, no implicará sino que la economía de sangre y sufrimiento se restablezca bajo otras formas, desde luego más bárbaras, y que de ninguna manera se terminará con los pronunciamientos y el caos permanente. Esto recuerda el clásico tema del escritor y filósofo contrarrevolucionario De Maistre en las *Veladas de San Petersburgo* (1821),²³ si bien ahora con un interesante cariz sociológico que no se encontraba en ese famoso autor saboyano.

²³ Aunque en realidad esta obra fue escrita en 1809.

Como se recordará, De Maistre había postulado un gobierno de la Providencia por el que prevalecía un castigo continuo a las violaciones de los mandatos de Dios. Si algo fascinaba a este autor era el pensar que en el fondo existe una economía de crímenes y castigos, de agravios y saldos de cuentas, no alterada en lo sustancial por las instituciones de pretensiones ilustradas, meta y orgullo del espíritu iluminista que él detestaba. Asumía que no hay hombre del todo inocente²⁴ y que por lo mismo no hay sufrimiento que no pueda ser visto como un castigo de las faltas cometidas alguna vez por el mismo doliente o causado en todo caso por la condición pecadora del hombre, incluida la del propio espectador que se escandaliza por el sufrimiento del prójimo y duda con ello del gobierno providencial. De esta manera, el supuesto problema de un mundo en que los inocentes padecen y los culpables quedan impunes termina por ser inexistente: el entendimiento humano no puede establecer definitivamente la inocencia o culpabilidad de unos y otros, de ahí que sólo quede admitir la soberanía divina en este renglón y asumir que el dolor y el derramamiento de sangre no es disociable del transcurrir humano.

Ahora bien, en Fossey no hay la voluntad de descrédito de las filosofías ilustradas que había en De Maistre cuando éste postulaba la imperfección de la justicia humana conforme a las directrices expuestas.²⁵ Los razonamientos de Fossey se refieren a la necesidad social del duelo, no a una teoría metafísica sobre las correspondencias necesarias entre pecados y castigos. Su idea es que el duelo sólo viene a cubrir las lagunas dejadas por la ley. Sin embargo, lo cierto es que piensa que la ley nunca cubrirá todos los casos de agravio y no deja por ello de haber un cierto sabor maistriano en su idea del duelo como algo necesario, con lo que justifica una práctica sangrienta que en su misma época es cuestionada por pensadores de peso.²⁶ No sorprenden los remanentes de este tema de la inevitable economía del castigo y la sangre si se atiende a la amplia difusión de las reflexiones del saboyano en la Francia decimonónica. Lo que sí hemos de considerar muy interesante es que se tome a la situación mexicana para resucitar, en versión sociológica, ese tipo de principios que recuerdan a los De Maistre.

²⁴ O que no existen, al menos, las bases para poder afirmar esto.

²⁵ Y tampoco hay en Fossey un talante crítico de la Revolución francesa, como lo había en De Maistre. Fossey traza algunos paralelos entre la historia de México y la francesa y piensa que a México le falta pasar por algunas fases de la Revolución francesa. Sin embargo, Fossey es católico y en esto podría estar la clave de alguna lectura suya del texto de De Maistre o de la conjunción de miras que hay entre ambos en el tema del castigo.

²⁶ Son conocidos, por ejemplo, los extensos y apasionados argumentos de Arthur Schopenhauer contra la legitimidad del duelo en el capítulo IV de sus *Aforismos en torno a la sabiduría de la vida* (1851). Allí el filósofo alemán fustiga la concepción caballeresca del duelo, el llamado *point d'honneur*, dadas las brutalidades que en su nombre se han cometido y aún se cometen. A. Schopenhauer, *Parerga und Paralipomena. Aphorismen zur Lebensweisheit*, p. 441-466, en Arthur Schopenhauer, *Werke*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1989, IV.

Conclusiones

En el presente artículo se han esbozado algunas de las temáticas literarias con impacto en la curiosidad y reflexión de varios autores que escriben sobre México en los años siguientes a 1840. Los misterios urbanos, la educación del sentimiento y la necesidad del duelo son seguramente unos cuantos temas entre otros más que un rastreo profundo permitiría sacar a la luz. En general es poco el interés habido en nuestro medio de historiadores por este tipo de rastreo. Para efectos de investigación histórica este sondeo es de utilidad para conocer mejor este tipo de fuentes y la manera en que el género evoluciona, más allá de las inevitables diferencias que en él se puedan registrar por lo subjetivo de cada autor. Es claro que la sensibilidad romántica decimonónica quedó plasmada en las tres variantes temáticas aquí mostradas.

Una segunda consideración que viene al caso hacer aquí es la pertinencia de que se conozcan y difundan más algunos de los autores españoles que escribieron sobre México en esos años. El caso más significativo es el de Rivero, quien a pesar de haber escrito una relación bastante completa sobre las distintas facetas del país apenas es conocido o citado en los estudios y tesis que se escriben sobre la época santanista. También surge la impresión de que Zamacois ameritaría más reconocimiento y estudio desde el punto de vista de la historia literaria de México. El haber introducido y desarrollado el tema de los misterios, inspirado por Sue, le da un lugar significativo en dicha historia.

Es de esperar, pues, que entre los estudiosos de este tipo de obras se afiance un mayor interés por los vínculos con las temáticas literarias y desde ese punto de vista podamos también identificar algunas aportaciones extranjeras de relieve para la cultura nacional. Aquí se expuso el caso de Zamacois pero nada asegura que no pueda haber otros igualmente interesantes.

Finalmente, cabe destacar que lo aquí expuesto vuelve a mostrar el bagaje sociológico que late en muchas de las obras extranjeras sobre México en el siglo XIX. Desde luego, se trata de una curiosidad sociológica como podía haberla en esa centuria: llena de intuiciones, profecías, generalizaciones, sentimentalismos, etcétera, y también —según se ha visto aquí— de inspiración literaria. No era, desde luego, una sociología de métodos cuantitativos, talante hiperanalítico y rigorismo académico. Con todo, a estos autores les interesó delinear, comentar o reflexionar en torno al orden social o aspectos decisivos de éste, con atención particular a la cuestión de las costumbres y el perfil moral de la población. Puede haber llamado la atención el que se comenzara este artículo con referencias a escritos de Zamacois que aparecieron después que los libros de Rivero y Calvo, expuestos en el apartado siguiente. La intención fue precisamente mostrar la progresión hacia reflexiones más explícitamente sociológicas, como esa de Fossey en torno a la necesidad social del duelo. Puede, pues, observarse una secuencia de tratamiento en sentido de lo más literario a lo más sociológico y constatarse cómo la creación literaria estimula el estudio de lo social. □

EVENTOS ACADÉMICOS

En la sede del Instituto se llevó a cabo el coloquio “Historia de la discapacidad en México: invisibilidad, identidades y modelos teóricos, siglos XVII a XXI”, el 28 de abril del presente año, con la participación de Ana Delgado, Roberto Govela, Fabiola Olea, María Inés Francisco, Paz Rodríguez Ponce, Claudia Gachluz Cruz, Juventino Jiménez, Mariana Hernández, María del Carmen Sánchez Uriarte, María del Carmen Scheleske, Fermín Ponce y Cristian Julian.

En el mismo lugar, Lizet Dias de Oliveira ofreció el ciclo de conferencias “De la historia de la imagen a la imagen como historia. Semiótica e iconografía en el arte rupestre y la imagen en el periodo colonial”, del 3 al 6 de mayo.

También en el Instituto se realizó la mesa redonda “Revolución y republicanismo en Hispanoamérica”, con la participación de Alfredo Ávila, Pablo Mijangos, Érika Pani, José María Portillo Valdés y Rafael Rojas, el día 3 de junio.

El pasado 15 de junio celebramos el sexagésimo quinto aniversario del Instituto con una mesa redonda en donde participaron Alfredo Ávila, Johanna Broda, Alicia Mayer, Federico Navarrete, Martín Ríos, Silvestre Villegas y Gisela von Wobeser.

El coloquio “Creencias novohispanas sobre el alma” se llevó a cabo del 18 al 20 de agosto en este Instituto, con la participación de Gisela von Wobeser, Berenice Alcántara, David Charles Wright Carr, Sara Sánchez del Olmo, Carmen Espinosa V., José Gabino Castillo Flores, Ruth Yareth Reyes Acevedo, Javier Dávila, Enrique Aguayo, Anel Hernández Sotelo, Silvia Hamui Sutton, Luis Arturo García Dávalos, Antonio Rubial García, José Alejandro Vega Torres, Édgar Omar Rodríguez Camarena, Berta Gilabert, Manuel Ramos Medina, Javier Ayala Calderón, Doris Bienko de Peralta y Abraham Villavicencio García.

En la sede del Instituto y en la Universidad Iberoamericana se llevó a cabo la Cátedra O’Gorman 2010, ofrecida por Jorge Cañizarez-Esguerra, el 24 y 25 de agosto del presente año. □



NOVEDADES EDITORIALES DEL IIIH

LIBROS



América en la cartografía a los 500 años del mapa de Martin Waldseemüller, coordinación de Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt/GM Editores-Espejo de Obsidiana, 2009, 268 p., ils., mapas (Historia General 27).

Contenido
Prólogo, Alicia Mayer

Primera parte
Globalización en la era de los descubrimientos: Waldseemüller y la geografía del Renacimiento, Dietrich Briesemeister

La gestación de la idea de América en Alemania, Karl Kohut

Amerigo Vespucci, piloto mayor, Consuelo Varela

La primera toponimia europea en América, Juan Gil

“Emperador de las Indias”. América en el mapa mental de la corte española del siglo XVI, Peer Schmidt

Segunda parte

El significado americano de un mundo nuevo, Marcelo Ramírez Ruiz

El mapa de Waldseemüller en el contexto del conocimiento del territorio americano, J. Omar Moncada Maya

El mapa dibujado y el mapa escrito: América en la *Miscelánea antártica* de Miguel Cabello Balboa, Sonia V. Rose

América en los lenguajes políticos del ocaso de la Nueva España, Rodrigo Moreno Gutiérrez

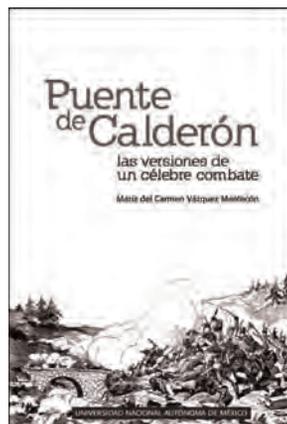
“América para los americanos” de por qué los Estados Unidos ostentan el nombre de América, Alicia Mayer

El heterodoxo hegeliano. Notas sobre la obra de Waldseemüller en el pensamiento de Edmundo O’Gorman, Rodrigo Díaz Maldonado

María del Carmen Vázquez Mantecón, *Puente de Calderón: las versiones de un célebre combate*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, 120 p., mapa, plano, grabados, fotografías (Historia Moderna y Contemporánea 51).

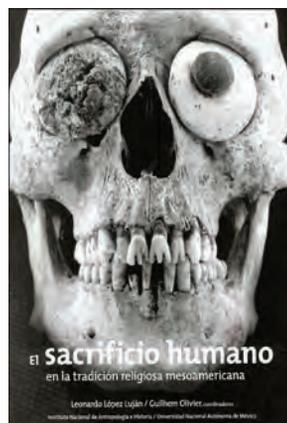
El 17 de enero de 1811 tuvo lugar en el paso de Puente de Calderón, cerca de Zapotlanejo, un encuentro de armas entre las huestes insurgentes comandadas por Miguel Hidalgo y las tropas realistas dirigidas por Félix María Calleja. Se trató de una batalla llena de imprevistos que al final dio el triunfo al segundo. A pesar de que Hidalgo y sus principales jefes militares lograron huir hacia el norte, su fin estaba cercano. El gobierno virreinal calificó el combate como una “memorable acción”. Tres años y medio después, y ya como dirigente de la campaña del Bajío, el criollo Agustín de Iturbide decidió celebrar el regreso de Fernando VII con la puesta en escena de esa famosa contienda, lo que tendría lugar en el mes de octubre de 1814 en las inmediaciones de Irapuato.

En este libro se refieren los pormenores de la batalla a partir de los relatos que le dieron vida a lo largo del siglo XIX. Para acercarnos a ese acontecimiento vivido con pasión, es necesario situarlo en el entramado de la guerra y conocer las armas, la ubicación, la composición y el comportamiento de ambos ejércitos, lo que permitirá entender las opuestas versiones a propósito de ese azaroso encuentro y descifrar la manera como se obtuvo y festejó la victoria, incluida su sugestiva escenificación. Estos tópicos permiten, sin duda, revalorar los verdaderos motivos de la derrota.



El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana, coordinación de Leonardo López Luján y Guilhem Olivier, presentaciones de Alfonso de María y Campos, Laura Pescador Cantón y Alicia Mayer, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, 598 p., planos, fotografías y dibujos.

El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana pone en la mesa de las discusiones nuevas propuestas sobre la evolución histórica, las funciones y los significados de las occisiones rituales. Este volumen reúne las reveladoras contribuciones de 28 reconocidos especialistas en la materia, adscritos a instituciones científicas de México, Estados Unidos, Francia, Bélgica y Japón. En sus páginas, el lector encontrará datos y planteamientos que le ayudarán a apreciar el sacrificio humano con una mirada renovadora, a través del desarrollo de nue-



vas teorías, la revisión creativa de los datos históricos e iconográficos, la información arqueológica más reciente y el estudio comparativo de este fenómeno en sociedades pertenecientes a distintas temporalidades y diversas geografías.

Contenido

Presentaciones de *Alfonso de Maria y Campos*, *Laura Pescador Cantón*, *Alicia Mayer*

El sacrificio humano en Mesoamérica: ayer, hoy y mañana, *Guilhem Olivier y Leonardo López Luján*

La muerte del hombre por el hombre: el sacrificio humano, *Eduardo Matos Moctezuma*

La antigüedad y la diversidad del sacrificio humano en Mesoamérica

El sacrificio humano en la costa del Golfo, *Sara Ladrón de Guevara*

Sacrificios humanos dedicados a los monumentos principales de Teotihuacan, *Saburo Sugiyama*

El sacrificio humano en el suroeste de Mesoamérica, *Javier Urcid*

La ofrenda máxima: el sacrificio humano en la parte central del área maya, *Stephen Houston y Andrew Scherer*

Sacrificio, tratamiento y ofrenda del cuerpo humano entre los mayas peninsulares, *Vera Tiesler y Andrea Cucina*

El sacrificio humano entre los toltecas-chichimecas: los antecedentes norteños de las prácticas toltecas y mexicas, *Marie-Areti Hers*

El sacrificio humano en el Michoacán antiguo, *Grégory Pereira*

Los mexicas: la perspectiva de la antropología física y la arqueología

Los contextos sacrificiales de México-Tlatelolco, *Salvador Guilliem Arroyo*

Los cuerpos de sacrificados: evidencias de rituales, *Carmen María Pijoan Aguadé y Josefina Mansilla Lory*

Decapitación ritual en el Templo Mayor de Tenochtitlan: estudio tafonómico, *Ximena Chávez Balderas*

El papel de los infantes en las prácticas sacrificiales mexicas, *Juan Alberto Román Berrelleza*

Huitzilopochtli y el sacrificio de niños en el Templo Mayor de Tenochtitlan, *Leonardo López Luján, Ximena Chávez Balderas, Norma Valentín y Aurora Montúfar*

Los mexicas: la perspectiva de la historia

El sacrificio humano: poder y sumisión, *Yólotl González Torres*

Los lugares, las piedras y los altares de sacrificio, *Michel Graulich*

El sacrificio humano como generador de prestigio social. Los mexicas y el llamado sacrificio gladiatorio, *Carlos Javier González González*

Sacrificio de “sí”, sacrificio del “otro”, *Claude-François Baudex*

El simbolismo sacrificial de los Mimixcoa: cacería, guerra, sacrificio e identidad entre los mexicas, *Guilhem Olivier*

El regreso al sacrificio en Tenochtitlan, *David Carrasco*

Los pueblos indígenas del México actual: la perspectiva de la antropología

La polisemia del sacrificio tlapaneco, *Danièle Dehouwe*

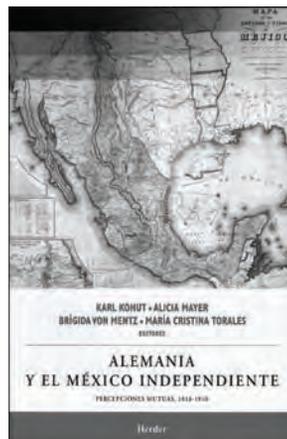
De sacrificio y sacrificios en la comunidad tzeltal de San Juan Evangelista Cancuc en los Altos de Chiapas, *Helios Figuerola Pujol*

Depredación, alianza y condensación ritual en las prácticas sacrificiales huicholas, *Johannes Neurath*

El sacrificio humano: un caso andino

Sacrificio humano, poder e ideología en la cultura moche, *Steve Bourget*

Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910, edición de Karl Kohut, Alicia Mayer, Brígida von Mentz y María Cristina Torales, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Herder/Universidad Iberoamericana/Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, 720 p. y disco compacto, fotografías, cuadros.



Miradas cruzadas: bajo este lema 32 investigadores, mexicanos y alemanes, estudian en este volumen las múltiples y complejas relaciones culturales entre Alemania y México en el primer siglo de su independencia. Una primera fuente del conocimiento recíproco son las publicaciones de viajeros —alemanes en México y algunas viajeras mexicanas en Alemania— que se analizan en la primera parte. En la segunda, se estudia la presencia duradera de Alemania en México: así, el pensamiento alemán en la escena política y cultural, la colonia alemana en la ciudad de México y la labor de diferentes empresas alemanas que contribuyeron al desarrollo técnico e industrial del país. En la tercera parte, se invierte la perspectiva al enfocar la presencia mexicana en Alemania.

El congreso de 2006 fue enriquecido por una exposición de la Biblioteca Nacional de México que ilustró magníficamente la presencia del pensamiento alemán en México. El disco compacto que acompaña esta edición es un testimonio duradero de ella.

Contenido

A manera de prólogo

Miradas cruzadas: Las relaciones culturales entre México y Alemania en el siglo XIX (con un anexo sobre viajeros alemanes, austriacos y suizos en México), *Karl Kohut*

Introducción

I. Percepciones mutuas. viajeros y viajeras

A través de los ojos de Winckelmann, *Helga von Kügelgen*

Carlos Nebel en México (1828-1848), *Arturo Aguilar Ochoa*

La importancia de Nebel en el costumbrismo mexicano, *María Esther Pérez Salas*

La aventura científica y romántica: los volcanes mexicanos en la obra plástica de Johann Moritz Rugendas, *María José Esparza Liberal*

Eduard Seler y Caecilie Seler-Sachs: puente perenne entre México y Alemania, *Renata von Hanffstengel*

¡Qué lástima que este hombre sea hereje! Johann Wilhelm von Müller: un viaje de Puebla a Oaxaca en 1857, *Elisabeth Siefer*

Friedrich Ratzel en México (1874-1875): génesis trasfondo filosófico de la obra de un naturalista alemán, *Guillermo Zermeño*

“Impresiones de viaje”. Una escritora mexicana desde Alemania: tradición y modernidad, *Pablo Mora*

Mexicanas en Alemania: la poética viajera de las hermanas Larráinzar, *Vicente Quirarte*

II. Alemania en México

1. La recepción del pensamiento alemán y sus repercusiones. En los debates políticos y culturales

Paralelismos y percepciones mutuas en el proceso de formación de la representación político-democrática en México y Alemania en el primer tercio del siglo XIX, *Horst Pietschmann*

La Reforma y la Reforma. Lutero y el debate sobre la libertad durante la Reforma en México a mediados del siglo XIX, *Peer Schmidt*

Entre Alejandro de Humboldt y Maximiliano de Habsburgo: el largo camino hasta el “Triunfo de la República”, *Vittoria Borsò*

Temas alemanes en las revistas mexicanas de la primera mitad del siglo XIX, *Montserrat Galí Boadella*

Las ediciones en el siglo XIX: un encuentro cultural con los alemanes, *Laura Suárez de la Torre*

Las lecturas alemanas de Ignacio Manuel Altamirano, *Luzelena Gutiérrez de Velasco*

2. La colonia alemana

Los alemanes en el México decimonónico: desde la Independencia hasta la Revolución de 1910, *Walter L. Bernecker*

La colonia alemana en la capital mexicana decimonónica. La construcción de su imagen pública, *María Cristina Torales*

Perfil del cónsul general de Prusia, Esteban Benecke (1830-1890), *Leonor Ludlow*

Isidoro Epstein: su labor cultural, científica, diplomática y empresarial en México (1851-1894), *Lilia Vieyra y Alejandra Vigil*

Visita a las letras alemanas en México. Elogio de la doctora Marianne O. de Bopp, *Miguel Ángel Castro*

3. Empresarios, mineros, científicos

J. W. von Goethe, A. de Humboldt y la Compañía Alemana de Minas en México, *Brígida von Mentz*

Luis Posselt (1817-1880), sus ires y venires por México y su representación en el Congreso de Químicos en Karlsruhe, *Francisco Omar Escamilla*

La Compañía Cervecera Toluca y México. Una empresa de capital alemán en Toluca, *Rocío Castañeda González*

Percepción transcultural en las empresas multinacionales eléctricas alemanas en México durante el Porfiriato, *Reinhard Liehr*

III: México en Alemania. historiografía, letras, artes y música

Los aspectos sociológicos del *Ensayo político* de Humboldt y su continuación en tres obras alemanas sobre el México del siglo XIX (1811-1878), *José Enrique Covarrubias*

La percepción de las lenguas indomexicanas en Wilhelm von Humboldt: entre glotocentrismo, interculturalidad y método comparativo, *Klaus Zimmermann*

Pasado glorioso, desastrado presente. La historia de México en Alemania, *Karl Kohut*

Transformaciones teatrales: la Conquista de México en el imaginario alemán del siglo XIX. August Klingeman y Gasparo Spontini, *Verena Dolle*

Entre “nobles salvajes” y “mexicanos bárbaros”: el México imaginario de Karl May, *Susanne Iglér*

La imagen de México en la obra de Charles Sealsfield (Carl Postl), *Dietrich Rall*

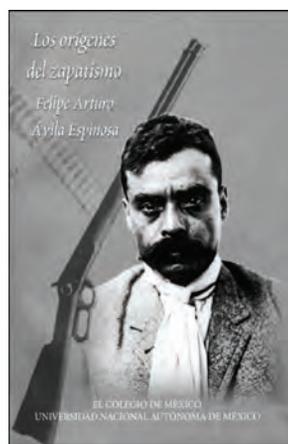
El mapa Alegoría de los dominios de Carlos V en Miramar: una aproximación, *Aurelio de los Reyes*

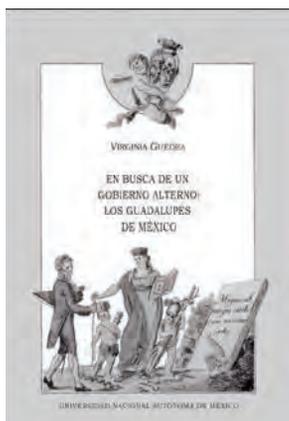
La percepción de la cultura musical de México en las revistas alemanas de música, *Klaus Pietschmann*

REIMPRESIONES

Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo*, 1a. reimpresión, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, 334 p. [primera edición: 2001].

El autor analiza los orígenes de uno de los movimientos sociales más importantes en la historia reciente de nuestro país. Problemas agrarios de larga duración, las demandas de participación política de sectores medios y populares excluidos durante el Porfiriato, la división entre las elites gobernantes y una tradición de lucha y resistencia de los pueblos de la región conocida como el Sur confluyeron en la rebelión zapatista que se incorporó al llamado insurreccional de Madero en 1911. Explica también el proceso de maduración interna, de radicalización y de ruptura que tuvo este movimiento con Madero en el verano de ese mismo año, a través del cual el zapatismo adquirió una identidad y un proyecto político propios —el Plan de Ayala— con el cual buscaría tomar el poder y organizar el país. Asimismo el autor describe las diferencias y los conflictos al interior del zapatismo y la compleja relación que tuvo con la población civil de los lugares que estuvieron bajo su dominio.

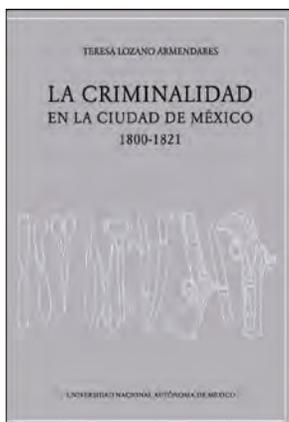




Virginia Guedea, *En busca de un gobierno alterno: los Guadalupe de México*, 1a. reimpresión, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, 414 p., cuadros (Historia Novohispana 46).

La lucha armada ha sido considerada la vía principal por la que se logró la independencia política; abundan, por consiguiente, los estudios sobre la misma. Aunque haya sido, en efecto, la vía principal por la que México llegó a convertirse en un país independiente, la insurgencia no fue un fenómeno aislado. Existen otros aspectos a veces olvidados; por ejemplo, que el movimiento de independencia respondió no solamente a cuestiones internas sino a una situación de índole general, la crisis por la que atravesaba

el imperio español, en la que también estaban involucradas otras posesiones españolas. Un aspecto interesante de la emancipación es el comportamiento de los grupos urbanos durante esta etapa —fue una conspiración urbana la que dio origen a la lucha—. La crisis fue política y este tipo de crisis ocurre en las ciudades; en consecuencia, fue en las ciudades donde la politización de los novohispanos alcanzó su mayor nivel: toma de conciencia de la problemática, búsqueda de soluciones, establecimiento de alianzas... Entre los varios sectores urbanos el interés de Virginia Guedea se ha orientado hacia los Guadalupe. Los grupos secretos no habían aparecido en la Nueva España hasta ese momento; sin embargo llegarían a ser una forma principal de la acción política una vez consumada la independencia. Los Guadalupe formaron una agrupación secreta de criollos de la ciudad de México; en ella participaron individuos de distintos estratos socioeconómicos. “De cómo surgieron, cuáles fueron sus propósitos y quiénes los encargados de llevarlos a cabo” es de lo que se ocupa la autora de este libro.



Teresa Lozano Armendares, *La criminalidad en la ciudad de México, 1800-1821*, 1a. reimpresión, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, 370 p., cuadros, apéndices (Serie Historia Novohispana 38).

Como bien plantea la autora de este trabajo, la mayor parte de los estudios históricos realizados hasta la fecha sobre la etapa final de la Colonia se ocupan principalmente de la elite, minoría que detentaba el poder político y religioso, que monopolizaba la riqueza y la cultura de la época. Poco se sabe, más allá de las cifras que aparecen en los censos, las listas de tributarios y los libros de bautizo y matrimonio, acerca de esa numerosa capa de la población que consti-

tuyó el pueblo novohispano. Consideró, por consiguiente, que la información que ofrece el ramo *Criminal* del Archivo General de la Nación permitiría obtener datos directos acerca del comportamiento social de los sectores populares: diversos aspectos de su vida cotidiana, relaciones familiares, hábitos alimenticios, diversiones y costumbres, aspectos todos que permiten conocer más a fondo sus formas de pensar y de actuar. Escogió la ciudad de México por ser la capital y la ciudad más populosa, lo que le permitió abarcar una muestra significativa de la problemática; el periodo que estudió va desde 1800 a 1821. Incluye dos apéndices: el primero contiene la información con respecto al periodo 1800-1812, mientras que el segundo abarca los datos que obtuvo en los pocos expedientes que aparecen en el ramo *Criminal* para los años de 1813 a 1821.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Estudios de Historia Novohispana, 43, julio-diciembre 2010

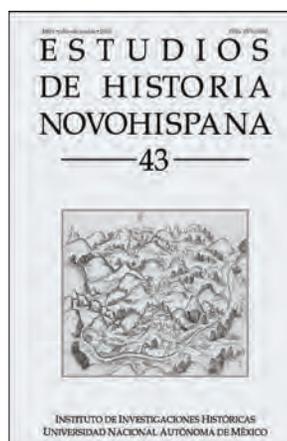
Artículos

Intereses transatlánticos en la explotación del alumbre de Metztlán (1535-1548), *Jaime J. Lacueva Muñoz* y *Caroline Cunill*

Una vida entre cajones de libros: Felipe Pérez del Campo en la Nueva España, 1733-1764, *Idalia García* y *Ana Cecilia Montiel*

Entre la utilidad pública, la beneficencia y el debate: la limosna en Orizaba, 1700-1834, *David Carbajal López*

Los propios y bienes de comunidad en la provincia de Tlaxcala durante la aplicación de las Reformas Borbónicas, 1787-1804, *Carlos Bustamante López*



Documentos

El capitán Martín de Palomar, regidor, encomendero y benefactor: su testamento (Mérida, Yucatán, 1611), *Rafael Patrón Sarti* y *Enrique González González*

Reseñas

Úrsula Camba Ludlow, *Imaginario ambiguo, realidades contradictorias: conductas y representaciones de los negros y mulatos novohispanos. Siglos XVI y XVII* (Fernando Ciarmitaro)

Perla Chinchilla y Antonella Romano (coords.), *Escrituras de la modernidad: los jesuitas entre cultura retórica y cultura científica* (Verónica Zaragoza Reyes)

Ascensión Hernández de León Portilla (ed. y pról.), *Hermenéutica analógica. La analogía en la antropología y la historia* (Julio César Morán Álvarez)

Magnus Lundberg, *Unificación y conflicto. La gestión episcopal de Alonso de Montúfar, OP, arzobispo de México, 1554-1572* (José Gabino Castillo Flores)

Pilar Martínez López-Cano (coordinadora), *La Iglesia en Nueva España. Problemas y perspectivas de investigación* (Jessica Ramírez Méndez)



Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, 40, julio-diciembre 2010.

Declaración de El Colegio de México, 24 y 25 de febrero de 2010

Artículos

Santannismo, reforma liberal y las campañas de Puebla en 1856, *Silvestre Villegas Revueltas*

Lucha metodista por la templanza en Estados Unidos y México, 1873-1892, *Xeitel Ulises Alvarado López*

La fundamentación del saber histórico en el siglo XX: investigación social, metodología y racionalidad operativa, *Fernando Betancourt Martínez*

Reseñas bibliográficas

Josefina Zoraida Vázquez, *Dos décadas de desilusiones. En busca de una fórmula adecuada de gobierno, 1832-1854* (Juan Carlos Santander Ontiveros)

Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920* (José Antonio Maya González)

Susana Sosenski, *Niños en acción. El trabajo infantil en la ciudad de México 1920-1934* (Ricardo Pérez Montfort) □



LA PALABRA y el HOMBRE

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Tercera época * núm. 14 * otoño, 2010 * ISSN 01855727

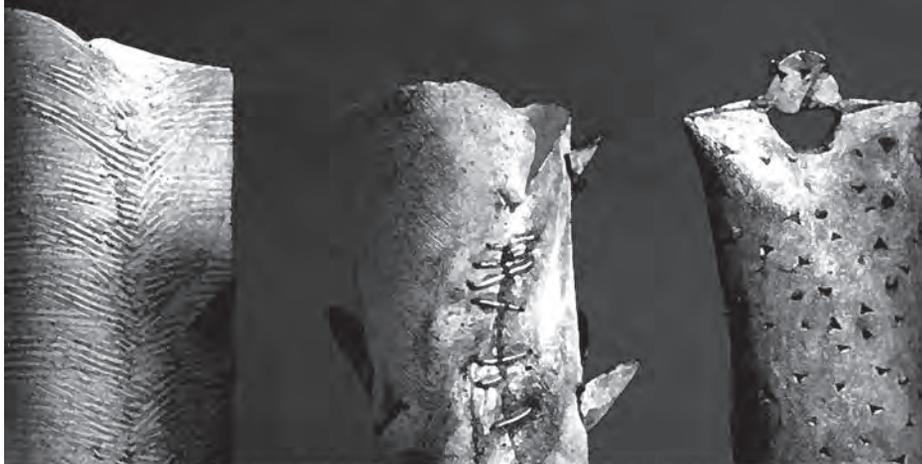
Romancero de la Guerra de Independencia

■ Ángel José Fernández y Leticia Mora

Carteles de la exposición colectiva 30-30
Tlatelolco 68 en la obra de Paz y Monsiváis

■ Markéta Riebová

Cerámica de Leonor Anaya



De venta en Sanborns, FCE y, en Xalapa, Ver., Hidalgo 9, Centro, y Publicaciones Medina

Fondo digital *del fondo reservado*

Consulta los libros del fondo antiguo en formato digital

www.historicas.unam.mx/biblioteca/FR/bibliofondodigital.html

Biblioteca Rafael García Granados
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

HISTORIA MEXICANA

Vol. LX Julio-Septiembre 2010 Núm. 1

Llamada *Las revistas de historia en el mundo de habla hispana y portuguesa: Declaración de El Colegio de México*

Artículos

- Tomás PÉREZ VEJO *Presentación: Los Centenarios y su significado: la historia como representación*
- Tomás PÉREZ VEJO *Historia, política e ideología en la celebración del centenario mexicano*
- Verónica ZÁRATE TOSCANO *Los hitos de la memoria o los monumentos en el Centenario de la independencia de México. Ópera imaginaria en una obertura y tres actos*
- Ignacio TELESCA *Paraguay en el Centenario: la creación de la nación mestiza*
- Liliana BREZZO *“Reparar la nación”, discursos históricos y responsabilidades nacionalistas en Paraguay*
- Luis RICARDO DÁVILA *Centenario e inventario de los problemas venezolanos*
- Roldán ESTEVA-GRILLET *Las artes plásticas venezolanas en el Centenario de la independencia, 1910-1911*
- Antonio SÁEZ ARANCE *Entre la autocomplacencia y la crisis: discursos de chilenidad en el primer Centenario*
- Gloria CORTÉS ALIAGA
Y Francisco HERRERA MUÑOZ *Geografías urbanas, arte y memorias colectivas: el Centenario chileno y la definición de lugar*
- Laura MALOSETTI COSTA *Arte e historia en los festejos del Centenario de la revolución de Mayo en Buenos Aires*
- Guillermo BUSTOS *La conmemoración del primer Centenario de la independencia ecuatoriana: los sentidos divergentes de la memoria nacional*
- Alberto ESCOBAR WILSON-WHITE *Bogotá en tiempos de la celebración del primer Centenario de la independencia*
- Javier MORENO LUZÓN *Reconquistar América para regenerar España. Nacionalismo español y Centenario de las independencias en 1910-1911*



*Fray Juan
de Torquemada*

Monarquía indiana

edición digital

www.historicas.unam.mx

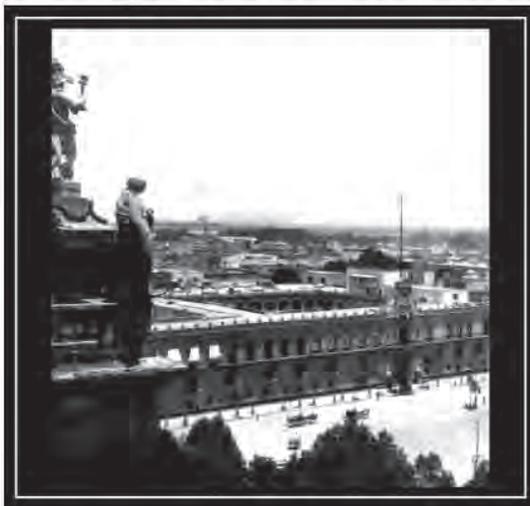


Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

SECUENCIA

Revista de historia y ciencias sociales

Número 78 septiembre - diciembre 2010



ARTÍCULOS

**Ana María Pérez y Juan David
Montoya Guzmán**

La invención de la población: salud y riqueza
en el Nuevo Reino de Granada, 1760-1810

Víctor M. Núñez García

Los orígenes del liberalismo mexicano.
Élites y grupos de poder en Puebla
(1833-1857)

Georgina López González

La administración de la justicia ordinario
en Jalisco durante el segundo imperio

Gerardo G. Sánchez Ruiz

Epidemias, obras de saneamiento y
precursores del urbanismo. La ciudad de
México rumbo al primer centenario

Rodrigo Laguarda

El ambiente: espacios de sociabilidad gay
en la ciudad de México, 1968-1982

ENTREVISTA

Graciela de Garay

Nueva fuente para la nueva historia.
Eugenia Meyer recuerda los inicios de la
revista Secuencia



Informes: Madrid 82, Col. del Carmen Coyoacán,
CP 04100, México, D. F. Tel./Fax 5554 8946 ext. 3108
secuencia@mora.edu.mx

www.mora.edu.mx

Si cada partido tuviese que gobernar y ordenar instituciones por turno, todos los partidos se harían más equitativos y más inteligentes gracias a la historia elaborada por ellos mismos. La historia elaborada por otros, por mucho que se escriba y estudie, rara vez proporciona equidad y sabiduría política: eso lo enseña la experiencia.

FRIEDRICH PERTHES

